

Del 'Oro Verde' y el Conflicto a una Tierra de Paz y Esperanza

Carmen Edith Díaz Silva¹

Denisse Monroy Suarez²

Jeniffer Dayana Tovar Higuera³

Beatriz Selene Ardila Franco⁴

Massimo Fabián Suárez Ledezma⁵

Fabián Leonardo Benavides Silva⁶

1. Administradora de empresas, especialista en Gestión para el Desarrollo Empresarial. Contacto: edithdiazsilva@misena.edu.co
2. Administradora de empresas, especialista en Gerencia de Mercadeo. Contacto: dmonroys@sena.edu.co
3. Economista. Contacto: proyectosjusticiaypaz@ustatunja.edu.co
4. Aprendiz del SENA. Programa gestión empresarial. Contacto: bs.ardilafranco@gmail.com
5. Aprendiz del SENA Programa gestión empresarial. Contacto: fabian.ledezma9345@gmail.com
6. Historiador, Magister en Antropología social, Universidad Nacional (Bogotá). Contacto: fabian.benavides@usantoto.edu.co

Nuestro cuento

Nuestro cuento consiste en caracterizar e identificar el inventario turístico rural comunitario del Parque Natural Regional Serranía de las Quinchas ubicado en Otanche (Boyacá), para determinar actores beneficiarios, recopilación de datos y diseño inicial del *software*. Para conseguir este objetivo general, es necesario en primer lugar identificar el potencial del turismo rural comunitario del Parque, para determinar los actores beneficiarios, en segunda instancia, recopilar y analizar la información turística de la Serranía de las Quinchas, para consolidar un plan integral estratégico para el fortalecimiento de capacidades empresariales y finalmente desarrollar una herramienta tecnológica para visibilizar el turismo rural comunitario de esta zona.

La importancia de nuestro cuento reside en que Boyacá es una región con un amplio inventario turístico rico en historia, cultura y tradiciones, y con el enfoque en el desarrollo turístico comunitario se propicia la preservación y la promoción de este tipo de riqueza ya que las comunidades son garantes de la conservación de su propia historia. Es importante señalar que al propiciar la participación de las comunidades se impactará en el bienestar y la calidad de vida de los residentes mediante la generación de empleo, el desarrollo empresarial y el acceso a servicios básicos. De otro lado, La Serranía de las Quinchas tiene un potencial de fauna y flora para crear oportunidades en el sector económico, según Flórez investigadora del Instituto Colombiano (2022) se descubrieron 170 especies de plantas que pueden ser utilizadas con fines medicinales en la región.

El desafío de la región de Las Quinchas en el municipio de Otanche (Boyacá), está enmarcado por situaciones que van desde disputas por la tierra y los recursos naturales hasta problemas socioeconómicos y culturales, con el desarrollo del proyecto se puede diversificar la economía local y reducir la dependencia de los sectores vulnerables, que a través del desarrollo de

actividades de turismo comunitario impacten de manera crucial en la solución de algunas de las necesidades en este territorio del departamento. Al dar visibilidad y brindar una oportunidad a la comunidad de adaptar los nuevos emprendimientos se generará un desarrollo sociocultural, en consecuencia, atrayendo tráfico de turismo y crecimiento económico. De este modo, la serranía presenta una riqueza biológica única, siendo hábitat de numerosas especies de flora y fauna de diversos orígenes (amazónicos, chocoanos y mesoamericanos), gracias a procesos geológicos y migratorios. Además, por la topografía abrupta, presenta diversidad de nichos, expresándose en sus endemismos, con la presencia de especies como la *Romeroa verticillata*.

En la Serranía habitan 124 especies de aves, correspondientes al 6.5% de la avifauna del país, dentro de estas se destacan 29 especies de colibríes. También, se pueden encontrar diferentes mamíferos, como osos de anteojos, tigrillos, pumas, monos aulladores. Del mismo modo, hay gran variedad de insectos, como las 200 especies de mariposas que se encuentran en la zona. Asimismo, la Serranía de las Quinchas es rica en flora, contando con el 0.71% de todas las especies de flora del planeta. Dentro de estas especies se destacan árboles como el Canelo (*Nectandra globos*), el laurel (*Ocotea* spp.), el Cafecillo (*Psychotria poeppigiana*), el Abarco (*Caryniana pyriformis*), el Caracolí (*Anacardium excelsum*), el Sangre Toro (*Virola peruviana*) y el Cedro (*Cedrela* spp.) Estas especies proveen un importante hábitat para especies de fauna como el Oso Andino (*Tremarctosornatus*), endémico de los Andes, el Paujil Pico Azul (*Crax Alberti*), el Mono Aullador (*Allouata seniculus*), el Capuchino (*Cebus albifrons*), el Mono Ardilla (*Saimiri sciureus*), el Perezoso (*Bradypus tridactylus*), el Hormiguero (*Tamandua tetradactyla*), el Armadillo (*Cabassous unicinctus*) y felinos como el Ocelote (*Felis pardalis*) y el Puma (*Puma concolor*). La región es muy rica en plantas epífitas como los ficus, las bromelias y orquídeas. Además, la Serranía se destaca por su gran riqueza hídrica, contando con numerosas quebradas, piscinas naturales y cascadas. Esta combinación en un paisaje único genera atractivos únicos para los turistas nacionales e internacionales” (Plan de turismo comunitario Serranía de las Quinchas 2020-2024, s. p.)

El proyecto comunitario turístico en mención está enmarcado en el Plan de Ambiente, Paz y Desarrollo para la Serranía de las Quinchas, realizado de manera interinstitucional por la Alcaldía de Otanche, la Gobernación de Boyacá, la Universidad Santo Tomás, *Boyapaz* y recientemente el Servicio Nacional de Aprendizaje (*SENA*). El proyecto aspira

a que el territorio sea una región en paz fortaleciendo el tejido social, que propicie oportunidades productivas sostenibles, asociativas, equitativas e incluyentes, en un diálogo con la naturaleza. El plan cuenta con 4 ejes de acción, dentro de los cuales se pretende impulsar: (i) sistemas productivos sostenibles, restaurando los ecosistemas para propiciar ingresos sostenibles a sus habitantes y estimular la asociatividad; (ii) lograr conservar, restaurar y manejar adecuadamente sus ecosistemas, asegurando sus servicios ecosistémicos futuros; (iii) forjar una cultura de convivencia y sana resolución de conflictos y (iv) lograr esquemas de participación e interacción entre actores, para la toma de decisiones entorno a su desarrollo productivo sostenible (Plan de turismo comunitario Serranía de las Quinchas 2020-2024, s. p.) .

De manera concreta nuestro cuento apunta a articular a nueve veredas que hacen parte de este territorio: El Carmen, Cocos, Curubita, Camilo, San Pablal, Altazor, Cartagena y Nazaret, veredas participantes del proyecto turístico, en sus intereses económicos, y socio ambientales o de preservación del territorio en articulación con su población local y visitantes.

De dónde viene nuestro cuento: un poco de historia de la región

En esta sección se analiza cómo el territorio de la llamada "nación de los muzos" desde los primeros años de conquista española, fue invadida y sus recursos naturales apropiados, principalmente su riqueza esmeraldífera, con el fin de establecer que esta región del occidente boyacense a lo largo de la historia, ha estado en manos de una élite económica y política que poco o nada le ha importado la preservación de los recursos naturales, ni el bienestar de la población residente de la zona pese a servirse de ella, como

mano de obra barata y carente de condiciones laborales dignas aún en la actualidad.

Periodo de invasión hispánica

La empresa de invasión y pillaje por parte de la población ibérica al territorio de los muzos, se dio en los inicios de la Conquista. Al respecto, Germán Arciniegas (1990), asegura que el primer español en llevar esmeraldas al Viejo Continente fue Gonzalo Jiménez de Quesada, quien las lucía de manera pomposa y por esta razón, dicho historiador lo renombró como el “Adelantado de la Esmeralda”. Sin embargo, dada la naturaleza bélica y supuestamente también caníbal de los muzos, los conquistadores no pudieron apropiarse de las minas de esmeraldas hasta mediados del siglo XVI, según las narraciones aportadas por los cronistas Juan de Castellanos (1977) y fray Pedro Simón (1981), así como a través de los informes presentados al Rey de España por el propio Presidente de la Nueva Granada, Andrés Venero de Leyva, como el siguiente que corresponde al 1 de enero de 1564:

Treinta leguas de esta ciudad fue Dios servido, después de mi llegada, que se hayan descubierto Minas de Esmeraldas en un pueblo que se llama la Trinidad en las Provincias de Muzo de las cuales envió a Vuestra Majestad un pedazo de la madre de las mismas minas y otras que los oficiales envían quintadas. La primera mina que se descubrió no fueron bien finas [las esmeraldas] como por ellas se verá, después más adentro en la tierra se ha descubierto otras mucho más finas dado que la tierra es tan áspera y doblada y los indios tan belicosos y guerreros y pelean con flechería de yerba que no se pueden valer con ellos y han muerto muchos españoles porque en sacándoles sangres mueren dentro de tres días sin remedio y en cayendo los comen crudos que es cosa de espanto y con esto no se han podido labrar, ni haber más de aquellas si no es por rescate. Yo envié allá al capitán Juan de Penagos hará tres meses por ser hombre tan experto en descubrimientos y conquistas y tener tanta experiencia de semejantes cosas y bastante par tan grave negocio y pedirlo toda la tierra, el cual descubrió las finas [esmeraldas] y corrió aquellas provincias y han puesto a los indios más freno y temor del atrevimiento que tenían de pelear (Aguado, t. I, pp. 307-308).

Sin embargo, la invasión del territorio del pueblo muzo se dio gracias a la devastación demográfica acaecida en todo el Nuevo Reino de Granada tras las primeras décadas de conquista hispánica, que según Jaramillo (1964) y Colmenares (1997), operó por la acción combinada de los siguientes factores: la eliminación directa de las sociedades indígenas (fruto de la confrontación armada e invasión hispánica), la sobreexplotación laboral hacia la misma población nativa, las enfermedades traídas por los conquistadores y el propio proceso de mestizaje que se produjo durante el encuentro entre los dos mundos (occidentales e indígenas). Según estimativos efectuados por Francis (2002), el descenso de la población indígena, por ejemplo, de las provincias del interior durante estos años de epidemias (viruela y sarampión) superó las dos terceras partes, repercutiendo desde luego negativamente en todos los ámbitos (socioculturales, económicos y políticos).

La transición de la Casa de Habsburgo a la de Borbón se tradujo en el cambio de un gobierno débil y lejano, por uno déspota ilustrado y controlador, que buscó a toda costa limitar los poderes y prebendas, tanto de las autoridades civiles como religiosas hacia la segunda mitad del siglo XVIII. El llamado *Reformismos Borbónico* pondría freno a las grandes concesiones que venían gozando dichas autoridades sin mayores restricciones, las cuales se habían fortalecido y enriquecido en menoscabo del bienestar del grueso de la población y de las arcas del propio Estado (Luque & Saranyana, 1992). Sin embargo, la Corona española no fue más eficiente en la explotación de los recursos naturales de sus colonias de ultramar en lo sucesivo y por el contrario, en el caso particular de los metales y piedras preciosas su exportación decayó sustancialmente (McFarlane, 1997).

De este modo, después de llevarse a cabo la empresa de pillaje de los primeros dos siglos de invasión española en el territorio Muzo, la extracción de esmeraldas bajó significativamente junto con el descenso de la mano de obra:

A partir de la extinción de la gobernación de la Provincia de los Muzos y Colimas, hacia mediados del siglo XVII, fueron desmanteladas casi todas las instituciones civiles, religiosas y económicas que habían sido establecidas con ocasión del descubrimiento de los grandes yacimientos esmeraldíferos de Muzo. Con la anexión de su territorio a las provincias de Tunja y de Mariquita, sobrevino el empobrecimiento de la otrora rica y codiciada Provincia. La escasa población indígena sobreviviente se dispersó; desaparecieron muchos pueblos y curatos que, a veces, en el resto del período colonial, fueron agregados a otros, y sus habitantes pudientes emigraron. En fecha no precisa desapareció la Caja Real que funcionó en Muzo desde finales del siglo XVI. Las tres comunidades religiosas que se establecieron en la Provincia la abandonaron progresivamente; la última, la de los dominicos, al finalizar el siglo XVIII. El escribano público fue trasladado a otro lugar, lo mismo que el juzgado de Muzo. Y muchas otras instituciones fueron cerrando sus puertas o reubicando sus sedes en otras partes (Peralta, 1998, p. 470).

Período republicano

Luego de la implantación del sistema político republicano, las naciones imperio impusieron en todo el mundo occidental y occidentalizado (como Suramérica), el modelo económico libre cambista que duraría más de dos siglos, fortaleciendo aún más a las potencias económicas del momento (Inglaterra, Francia, Alemania y EEUU). Las naciones que orquestaron el capitalismo mundial fueron las encargadas a su vez de afianzar el “comercio triangular” a través de los tres continentes de mayor interacción económica, propiciando el comercio de esclavos de África a América y de esta última, exportando materias primas así como bienes suntuosos (metales y piedras preciosas) a Europa (Bastide, 1969; Brion, 1996).

Pese al auge sin precedentes de intercambio comercial entre las naciones europeas y americanas, el periodo de transición entre el período hispánico y republicano fue igualmente carente de brillo comercial o económico en el Nuevo Reino de Granada. De este modo, se enseñoreaba la pobreza o la desolación en sus ciudades, pueblos y villas, entre estas Muzo, como lo atestiguó José de Lozano y Peralta en un informe policial con fecha del 19 de febrero de 1800:

A excepción de la capital [Santafé] y el puerto de Cartagena, todo lo demás no se puede llamar población, ni sacar las ventajas de la sociedad, pues la ciudad de Tunja está medio arruinada; Mompós y Honda son villas, pero informes; Pamplona y Neiva ciudades por honor; las de Altagracia, Anserma, La Palma, Muzo, Tocaima y otras han llegado ya a su exterminio; de forma que el resto de aquellas tierras fértiles, hermosas y ricas, son pueblos de indios y parroquias del arzobispado, que es decir una iglesia y una casa del cura en el centro de las campiñas, solas y sin cultivo, siendo doloroso ver habitados por rústicos y montañeses aquellos países tan enriquecidos por la naturaleza con tan preciosos objetos (Citado en Restrepo, 1934, pp. 118-119).

Posterior al periodo independentista, la Nueva Granada se encontró en una profunda crisis económica tras los desmanes materiales y las pérdidas de vidas humanas ocasionadas durante las guerras. Asimismo, los objetivos de la naciente república estuvieron más centrados en instaurar un sistema político federalista o centralista, que en fortalecer las actividades económicas y comerciales. Los desencuentros entre ambas facciones políticas, terminaron por desatar un total de nueve guerras civiles a lo largo del todo el siglo XIX y por tanto, sumiendo a la nación en su conjunto en una espiral ascendente de violencia y miseria (González, 1977; Guillén, 1996).

Período contemporáneo

El modelo impuesto por el imperialismo occidental se afianzó, tanto que en el transcurso del siglo XX, logró implantar unas dinámicas comerciales y de explotación económicas mucho más agresivas en términos de "racionalidad económica" en la mayoría de países del mundo. Es decir, con esta nueva fase del capitalismo, que tomaría el nombre de "neoliberalismo", el sentido del cálculo y de la ganancia fue superior y ya no tenían cabida pequeños ni medianos capitales, únicamente los grandes consorcios llamados multinacionales. Con la "libre apertura" durante el gobierno de César Gaviria Trujillo en Colombia, se abrieron las puertas a estos grandes conglomerados económicos y aunque desde esa década del noventa han operado una seguidilla de multinacionales en el territorio esmeraldífero del occidente

boyacenses, en la actualidad se destacan dos: *Colombian Shared Services* y *Fura Gems Cosquez, S. A.*

Cabe precisar que, anterior a esta época de la llegada de las multinacionales, operó como dueño y señor de la zona un personaje no sólo poseedor de un inmenso poder económico, sino de gran persuasión militar, Víctor Carranza, el cual fue conocido como el “zar de las esmeraldas”. No obstante, tras su muerte, su clan así como otras familias de ‘tradición’ en la zona, se han encargado de proteger los intereses de las mencionadas empresas multinacionales. Todo un pacto de silencio local que ha contado con la venia a su vez de los gobiernos de turno desde la década de los noventa del siglo XX.

Ahora, las empresas multinacionales emplean a gran parte de la población, pero como se anotó al inicio de este ensayo, bajo condiciones denigrantes o sin ninguna garantía laboral, incentivando la minería artesanal que es proscrita por los grandes capitales de la zona, según el siguiente reportaje del 28 de junio de 2023:

Su actividad, la de los obreros locales, por considerarse informal o artesanal y en pequeña escala, es conocida en la región como guaquería, un oficio heredado de abuelos a padres y de estos a hijos, y en la mayoría de los casos sin condiciones salariales, prestacionales o de seguridad social adecuadas. A partir de la llegada de empresas con capital extranjero a la región, primero Minería Texas Colombia, en 2009; y en 2018 *Fura Gems Cosquez S.A.*, y el otorgamiento de las respectivas concesiones por parte de la Agencia Nacional de Minería (ANM), sus administradores avanzaron en procesos de vinculación laboral formal para los trabajadores y en el control territorial de las áreas tituladas (Entreojos.com, s. p.).

Esta es justamente la paradoja del Occidente de Boyacá, puesto que a pesar de ser una de las regiones más ricas en recursos naturales de Colombia, es a su vez, presa de la miseria y la violencia que dejan las grandes capitales a su paso:

Desde el 25 de noviembre [de 2021] inició la lucha de la comunidad de Muzo en contra de *MTC (Minería Texas Colombia)*, denuncian que ha violado los derechos de los ciudadanos y de los trabajadores, y que, a raíz de esto, la población está sufriendo de hambre, pobreza extrema y malas condiciones de vida. 'Nos han atropellado lo más que han podido, nos han tiroteado, nos han matado compañeros por exigir nuestros derechos. Nuestros niños y abuelos están desnutridos y se están muriendo de hambre, acá lo que único que hay es miseria', cuenta Alcibíades Moreno, presidente de los gUAQUEROS independientes (*El Diario*, 2021, s. p.).

Desde luego, el medio ambiente y la preservación de los recursos naturales no tienen asidero en este mundo de exportación exacerbada y de violación de derechos humanos, en donde la persona que ose hablar o denunciar, rápidamente es silenciada, como se evidencia en esta noticia del asesinato del líder social Alcibíades Moreno, así como del amedrentamiento de la población gUAQUERA en Muzo del 7 de abril de 2022:

Tras la muerte de Alcibíades Moreno, quien era vocero de los gUAQUEROS artesanales en Muzo, quien lideró iniciativas para que los miembros de las comunidades vinculadas al sector trabajasen en las zonas estériles o sobrantes de las multinacionales radicadas en dicha región, líderes sociales hicieron un llamado a las autoridades para que protejan sus vidas ante el surgimiento de amenazas contra ellos surgidas en las últimas semanas (*Infobae*, 2022, s. p.).

Por último, así como las estadísticas de exportación y exportación de las esmeraldas no ha podido ser cuantificada con exactitud (como se verá a continuación), dada su informalidad y la diversidad de actores en la zona, tampoco ha sido posible medir con precisión cuál ha sido el impacto ambiental ocasionado por la actividad minería en Muzo a través de sus tres prácticas de explotación (aluvial, cielo abierto y subterránea), a pesar de que es evidente su impacto negativo:

En general la actividad minera presenta afectaciones en el medio físico a la atmósfera, suelos y aguas tanto superficiales como subterráneas; en lo biótico resulta generando afectaciones a los ecosistemas involucrados en

el lugar de explotación y produce alteraciones o modificaciones en los sistemas económicos, sociales y en la salud de las comunidades involucradas de forma directa e indirecta con los proyectos mineros. Por lo que es necesario que las autoridades ambientales determinen los impactos y valoración económica y así definir soluciones técnicas, económicas y ambientalmente viables para el manejo de los impactos ambientales totales originados; esta valoración debe ser conocida por las comunidades, empresas que realizan la explotación y los trabajadores (Villalobos, 2019, p. 2)

La carencia de una legislación concreta en el campo minero en Colombia y su respectiva fiscalización, son el reflejo de todos los poderes e intereses (ocultos y visibles) que sustentan esta actividad comercial, la cual es común a muchos países del mundo, puesto que las empresas multinacionales sacan enorme provecho de la flexibilización laboral y del impacto ambiental que ocasionan en las zonas de explotación. Irremediablemente, esta violación de derechos humanos y de la naturaleza por parte de los grandes capitales, en contubernio con las autoridades y gobernantes de turno, terminan en “conflictos sociales” o grandes explosiones sociales por la reivindicación de condiciones de vida dignas de la población subalternizada u oprimida (Alvarado, 2008; Barrera & Monroy, 2014).

Desenlace: una luz de Esperanza

Desde el histórico *Acuerdo de Paz Gobierno – FARCUP* de Colombia (2016), ahora podemos dar la bienvenida a los turistas para explorar y disfrutar de las maravillas de la Serranía de Las Quinchas. Durante décadas, esta área era una zona prohibida, debido a un conflicto armado. Primero fue la «Guerra Verde», un conflicto regional entre los grupos de poder locales por las esmeraldas que se encuentran en la región. Luego, después de que terminó la Guerra Verde en 1990, el área se convirtió en un bastión de grupos paramilitares en el conflicto nacional de Colombia, quienes se mudaron al área y desplazaron violentamente a la población local de sus tierras. Los grupos paramilitares mantuvieron el control en el área desde fines de la década de 1990 hasta 2006 y durante este tiempo, grandes áreas de nuestros bosques fueron taladas para la producción de ganado y coca (la planta utilizada para producir cocaína), que fueron utilizadas por ellos para obtener ganancias financieras.

En virtud de lo anterior, nuestra propuesta de potenciar y visibilizar nuestro proyecto comunitario turístico Parque Nacional Regional Las Quinchas, se hace necesario como una opción de vida (en términos económicos y socio ambientales) para los habitantes de las 9 veredas articuladas a este. Dicho proyecto se encuentra en consonancia con la visión de la comunidad de trabajar en armonía unos con otros y con la naturaleza, a través del desarrollo de una agricultura sostenible, como el aguacate, el cacao y sobre todo, el desarrollo del ecoturismo, donde tanto las personas como la naturaleza se benefician de estas actividades Además de la oportunidad de experimentar la naturaleza excepcional que lo rodea, también se quiere compartir con los huéspedes su forma de vida, dándoles la oportunidad de compartir cultura, disfrutar de un nuevo entorno y experimentar otra forma de vida.

En 2020 la comunidad recibió capacitación de biólogos expertos, incluidos los mejores científicos del *Royal Botanic Gardens, Kew*, así como especialistas en hotelería y turismo para complementar el conocimiento cultural y social del área para garantizar que se ofrezca la mejor experiencia posible a cada uno de los huéspedes.

Referencias:

- Aguado, P. (1956). *Recopilación historial. Tomo I*. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.
- Alvarado, G. (2008). "Políticas neoliberales en el manejo de los recursos naturales en Perú: el caso del conflicto agrominero de Tambogrande". En: *Gestión ambiental y conflicto social en América Latina* (pp. 67-104). Buenos Aires: CLACSO.
- Barrera, S. & Monroy, J. (Edit.). (2014). *Perspectivas sobre paisaje*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá / Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Bastide, R. ([1967] 1969). *Las Américas negras: Las civilizaciones africanas en el Nuevo Mundo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Brion, D. (1966, 1996). *El problema de la esclavitud en la cultura occidental*. Bogotá: Áncora Editores.
- Castellanos, Juan de. (1977). *Elegías de varones ilustres de Indias*. Cali: Fundación FICA.
- Colmenares, G. (1973, 1997). *Historia económica y social de Colombia I: 1537-1719*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Coser, L. (1961). *Las Funciones del Conflicto Social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Duque, J. (2012). *Territorios indígenas y Estado: A propósito de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.

- El Diario. (23/02/2022). Hambruna y miseria en Muzo, uno de los pueblos más ricos del Departamento. Medio electrónico disponible en: <https://eldiarioboyaca.com/hambruna-y-miseria-en-muzo-uno-de-los-pueblos-mas-ricos-del-departamento/>
- Entre ojos (28/06/2023). "Los matices de la minería verde. Empresas con capital extranjero y gUAQUEROS se disputan el derecho a extraer esmeraldas. La ilegalidad en su explotación es un detonante". Medio electrónico disponible en: <https://entreojos.co/los-matices-de-la-mineria-verde/>
- Francis, M. (2002). "Población, enfermedad y cambio demográfico, 1537-1636: Demografía histórica de Tunja: Una mirada crítica". En: *Fronteras de la Historia*, N° 7, pp.13-76.
- Gallini, S. (2020). "¿Qué hay de histórico en la Historiografía ambiental en América Latina?" En: *Historia y Memoria*, 2020, pp. 179-233.
- González, F. (1977). *Partidos políticos y poder eclesiástico: reseña histórica 1810-1930*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- González, N. & Benavides, F. (2017). "La América Latina del siglo XXI, de la pluralidad al nacionalismo energético". Coautoría en: *Visioni LatinoAmericane*, Trieste, Edizioni Università di Trieste, No. 16, pp. 43-62.
- Guillén, F. ([1979] 1996). *El poder político en Colombia*. Bogotá: Planeta S. A.
https://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php?title=Fray_Pedro_Sim%C3%B3n
<https://periodicoeldiario.com/hambruna-y-miseria-en-muzo-uno-de-los-pueblos-mas-ricos-del-departamento/>
<https://petro.presidencia.gov.co/prensa/video/Paginas/Video-Asamblea-General-de-las-Naciones-Unidas-230919.aspx>
<https://www.portafolio.co/economia/gobierno/gustavo-petro-propuestas-del-presidente-al-sector-minero-de-colombia-570528>

- Infobae. (2022). Líderes de Muzo (Boyacá) solicitan protección a las autoridades ante recrudecimiento de violencia en la región. Medio electrónico disponible en: <https://www.infobae.com/america/colombia/2022/04/07/lideres-de-muzo-boyaca-solicitan-proteccion-a-las-autoridades-ante-recrudecimiento-de-violencia-en-la-region/>
- Jaquenod, S. (2020). *Antropología Ambiental: Fundamentos*. Madrid: Dykinson.
- Jaramillo, J. (1964). "La población indígena de Colombia en el momento de la Conquista y sus transformaciones posteriores". En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 2, pp. 239-293.
- Luque, E. y Saranyana, J. (1992). *La Iglesia Católica y América*. Madrid: Mapfre.
- McFarlane, A. (1997). *Colombia antes de la Independencia: Economía, sociedad y política bajo el dominio Borbón*. Bogotá: Banco de la República y Áncora.
- Ministerio de Comercio Industria y Turismo (2020-2024). *Plan de turismo comunitario Serranía de la Quinchas*. Bogotá: Ministerio de Comercio Industria y Turismo.
- Petro, G. (2023). Intervención del Presidente República de Colombia, Gustavo Petro Urrego, en la 78 Asamblea General de las Naciones Unidas. Bogotá: Canal de la Presidencia de la República de Colombia, 10 de septiembre de 2023. Medio electrónico: disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=qN1YQwNcYK0>
- Portafolio (02/09/2022). Las propuestas que Petro le hizo al sector minero de Colombia. Medio electrónico disponible en: <https://www.portafolio.co/economia/gobierno/gustavo-petro-propuestas-del-presidente-al-sector-minero-de-colombia-570528>
- Portafolio (19/04/2018). Las propuestas en minas y energía de Gustavo Petro. Medio electrónico disponible en: <https://www>.

portafolio.co/economia/las-propuestas-en-minas-y-energia-de-gustavo-petro-516353

- Restrepo, E. (1934). *Gobernantes del Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad.
- Rojas, H. (2019). *Teoría y práctica del análisis de conflictos ambientales complejos: El caso de San Isidro Patios en Bogotá*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- San Juan, G.; Esparza, B. & Arteaga, A. (2023). "Ciudad informal: barrios populares en peligrosidad hídrica en La Plata, Buenos Aires (Argentina)". En: *Ciudad Y Territorio, Estudios Territoriales*, No. 216, Vol. 55, pp. 487-506.
- Selmi, A. & Hirtzel, V. (2007). *Gouverner la nature: Cahiers d'anthropologie sociale*. Paris: Herne.
- Simón, P. (1981). *Noticias históricas de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales. Tomo IV*. Bogotá: Talleres Gráficos.
- Vaccaro, I (2005). "Property Mosaic and State-making: Governmentality, Expropriation and Conservation in the Pyrenees". In: *Journal of Ecological Anthropology*, No. 9, pp. 4-19.
- Villalobos, J. (2019). "Valoración económica de los impactos ambientales generados por la explotación de la mina de esmeraldas cunas en el Occidente de Boyacá". En: *Portal de Revistas, Universidad Libre*, No. 3, 22/11/2019, pp. 1-40. Disponible en: https://revistas.unilibre.edu.co/index.php/inge_libre/article/view/5943
- Wolf, E. (1999). *Cognizing Cognized Models*. In: *American Anthropologist*, No. 101, Vol. 1, pp. 19-22. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/683338>

Aspi el Neutrino

Julián Steven Gutiérrez Saavedra¹

1. Físico, Magister en Física teórica de altas energías y Doctor en Física de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá). Contacto: jsgutierrezs@unal.edu.co

En un rincón lejano del universo, 13.8 mil millones de años después del *Big Bang*, deambulaba por el cosmos una pequeña partícula llamada *Neutrino*. A diferencia de sus amigos y de su pariente más cercano, el neutrón, él era diminuto, casi invisible, y apenas interactuaba con otras partículas del universo. Mientras sus amigos brillaban con luz y calor, formando complejas estructuras como estrellas, galaxias y constelaciones, el neutrino pasaba a través de todo sin ser visto, como un fantasma silencioso en un misterioso viaje cósmico.

A esta partícula la llamaban *Aspi*, aunque él mismo ignoraba el origen de su nombre. No sabía que era parte de una de las partículas más enigmáticas de la física y de las más abundantes en el universo. Tenía muchas preguntas sin respuesta sobre el origen de su inusual y diminuta masa, sobre su comportamiento cambiante y su naturaleza, y acerca de su importancia para otras partículas y para los seres humanos.

Mientras deambulaba cerca de la Vía Láctea, *Aspi* se detuvo un momento para tomar un 'baño de sol' y, con asombro, descubrió que no era el único de su especie en el universo. Observó que en el Sol se cocinaba una sopa de protones y electrones, partículas con carga eléctrica que siguen las leyes de la física que el poco comprendía, que interactuaban, tomaban café, charlaban un rato, y luego cambiaban de naturaleza; como si fueran el vampiro "Drácula" de Transilvania cuando se transformaba en un simple murciélago. En esta mística sopa, como si fuera un truco de magia de David Copperfield, los electrones se convertían en neutrinos, ¡partículas de su misma clase! que salían rápidamente del Sol sin afectarlo, al estilo de Houdini, mientras que los protones se convertían en neutrones. Todo esto resultaba muy extraño para él. Intrigado, se acercó al Sol para hablar con algunos de sus parientes cercanos que se encontraban en la sopa, pero cuando intentó dialogar, los protones lo ignoraron; no comprendían su lenguaje ni su forma de interactuar. Decidieron apartarse de él para formar algo nuevo, lo que los científicos llaman átomos.

Confundido y asombrado ante este acto de magia, la temperatura de su cuerpo empezó a subir, no sólo por la ansiedad de desconocer tantas cosas sobre su existencia, sino también por las intensas interacciones que se daban en el Sol, las cuales requerían un gran gasto energético. Se estaban creando helio, oxígeno, carbono, liberando energía en forma de luz y calor, tal como decía Albert Einstein —un científico terrícola muy mencionado en la comunidad cósmica, pero que él no conocía— en su famosa ecuación: “todos somos energía”. Al ver que todos sus amigos neutrinos salían corriendo en todas las direcciones, decidió seguir a algunos en busca de respuestas.

Aspi, como el personaje de una animación japonesa de Chihiro, aunque no sabía cuál era el destino de su viaje, se embarcó en esta odisea cósmica al estilo de Stanley Kubrick. Para poder alcanzarlos, tuvo que moverse a velocidades cercanas a la luz, sin éxito. Tras recorrer muchos años luz de distancia, descubrió que sus amigos ‘oscilaban’: cambiaban de forma, naturaleza, sabor, y manera de moverse, como si el mismísimo mercurio retrógrado influyera sobre ellos. Sorprendido, pensó que él era afortunado al no ser afectado por este fenómeno, pero no contaba con la existencia de las matemáticas, lo que le llevó a madurar lentamente y, como cualquier otro neutrino, a transformarse en su travesía por el espacio-tiempo cumpliendo con las probabilidades.

Como resultado de su viaje, perdió peso, amplió su léxico y aprendió a comunicarse con las partículas que antes lo habían ignorado -tal cual como lo describe la física-. También aprendió a bailar y dejó de ser tan tímido, aunque su carga seguía siendo la misma. Cuando finalmente alcanzó a otro neutrino, Aspi le preguntó por qué habían elegido la Tierra como destino. Para entonces, ya no le interesaba tanto conocer su propio origen, sino entender a los seres que vivían en el planeta: los terrícolas.

Le contaron que allí había vivido A. Einstein, y también Wolfgang Pauli, quien fue el primero en proponer la existencia de su especie. Estos seres pensantes captaron la atención de Aspi, quien decidió adentrarse en lo más

profundo del planeta Tierra. Atravesó la estratosfera y la troposfera, cruzó el Atlántico y llegó a un colegio, donde conoció a un niño también conocido como Aspi. Este chico, cuyo nombre terrícola era Daniel, tenía cualidades increíbles que él fue descubriendo paso a paso. Lo observó, lo siguió y compartió tiempo con él sin que Daniel se diera cuenta, acompañándolo hasta a sus diferentes clases.

—Hola, Daniel, ¿cómo estás hoy? —le decía el profesor de física—. ¿Cómo va el chico más asombroso de la escuela?

Aspi, el neutrino, se dio cuenta de que su nuevo amigo Daniel era un chico con un lenguaje especial y una manera única de ver el mundo. Daniel tenía dificultades para interactuar, pero brillaba con una luz propia, gracias a su nobleza e inteligencia. Al igual que Aspi, Daniel era importante; tenía la capacidad de ofrecer perspectivas diferentes del mundo. Su presencia en la sociedad desafiaba estereotipos y prejuicios, promoviendo una mayor sensibilización sobre la neurodivergencia, ya que él tenía una condición de vida llamada Asperger. Daniel aportaba más humanidad a las personas e inspiraba a otros a ser más conscientes, empáticos y a valorar el esfuerzo y la diversidad de habilidades especiales.

Aspi entendió que el origen de su nombre se debía a chicos como Daniel, quienes son fundamentales en el funcionamiento de las sociedades. Él mismo, como neutrino en el universo, era esencial para la fusión del Sol, para que la luz llegara a la Tierra, para la formación de átomos y la creación de la vida. Así comprendió que la *neurodivergencia* no era un problema, y que sus cualidades, aunque peculiares, eran vitales para el cosmos. En su rareza, convergían las maravillas de la naturaleza; entendió que tenía un don que le había dado la vida.

Matthew Lipman, en la clase de *filosofía para niños*, lo hizo reflexionar sobre sus habilidades, comparando su don con el significado del amor: una experiencia de vida profundamente misteriosa, difícil de definir o comprender completamente desde un punto de vista racional. Aspi entendió que él,

al igual que el amor y Daniel, no siempre eran siempre visibles, pero su presencia tenía un impacto profundo y duradero en nuestras emociones, relaciones y en el funcionamiento de todo.

De regreso por el universo, Aspi comprendió que las relaciones sociales, como las interacciones fundamentales y la vida misma, siguen ciertas leyes, tal como decía Pauli en su principio de exclusión, necesario para formar estructuras como seres humanos y galaxias. Descubrió que existe un lenguaje que nos permite comunicarnos y que, aunque a veces él no podía expresarse, el tiempo y la vida misma lo transformaban, adaptándolo a las circunstancias y a su entorno sin perder su naturaleza. Estos cambios le ayudaron a hablar con más partículas, a crear diferentes amigos y familias, a construir todo el universo y a dar vida al planeta Tierra, tal como Daniel lo hacía en su colegio.

El Enigma del Horizonte Curvo

Johan Alexis Correa Barahona¹

1. Estudiante de la Institución Educativa Técnica Jacinto Vega de Santa Sofía (Boyacá). Contacto: correabarahonaj@gmail.com

En un rincón olvidado del universo, existía un planeta que los astrónomos humanos llamaban *Thalys-3*. Sus cielos eran de un color púrpura profundo, y en su atmósfera flotaba una niebla fluorescente que refractaba la luz de sus tres lunas. Durante siglos, este planeta fue una simple nota a pie de página en los catálogos estelares, hasta que algo extraordinario sucedió.

Era el año 2156, y la humanidad había dominado el viaje interestelar gracias a los motores de curvatura cuántica. Estos motores permitían a las naves espaciales crear agujeros en el tejido del espacio-tiempo, facilitando viajes que antes habrían tomado siglos en cuestión de días. El *Sagan*, una nave exploratoria comandada por la Dra. Livia Torres, fue enviada para estudiar a *Thalys-3*. Su misión: investigar una anomalía gravitacional que había sido detectada en su superficie.

La Dra. Torres, una física teórica de renombre, siempre había sentido una profunda fascinación por las fronteras del conocimiento. En su juventud, había soñado con encontrar respuestas a las grandes preguntas del universo, y ahora, este extraño planeta le ofrecía un misterio que superaba sus expectativas.

La nave descendió suavemente sobre la superficie de *Thalys-3*. Un equipo de científicos, ingenieros y pilotos desembarcó, cada uno equipado con trajes espaciales adaptados a la extraña atmósfera del planeta. Mientras caminaban sobre el suelo metálico y resbaladizo, notaron que la gravedad era diferente a cualquier otra que hubieran experimentado. Las piedras flotaban a pocos centímetros del suelo antes de caer nuevamente, como si el planeta jugara con ellas.

El centro de la anomalía gravitacional estaba a pocos kilómetros de su lugar de aterrizaje. Mientras se acercaban, Livia comenzó a notar algo aún más desconcertante: el horizonte estaba curvado de manera extraña. No era la curva normal de un planeta esférico, sino algo más pronunciado, como si la realidad misma estuviera doblándose.

—Esto no tiene sentido —dijo Livia, examinando sus lecturas—. La gravedad aquí debería ser uniforme. Pero es como si algo estuviera doblando el espacio-tiempo de una manera que nunca habíamos visto.

—¿Un 'agujero negro'? —sugirió el ingeniero de vuelo, Marcus, mientras ajustaba los sensores.

—No exactamente —respondió Livia—. Un agujero negro tendría un horizonte de eventos. Aquí, la curvatura es gradual, no hay un punto de no retorno. Es como si... algo estuviera manipulando las leyes de la física.

El equipo se detuvo frente a un enorme cráter. En su centro, flotaba una estructura imposible. Era una esfera translúcida, de unos 50 metros de diámetro, que emitía un suave brillo azul. Lo más inquietante era que la luz parecía fluir desde su interior, pero se curvaba y distorsionaba a medida que se acercaba a la esfera, como si la propia geometría del espacio se deformara.

Livia sacó un dispositivo de análisis cuántico y comenzó a tomar datos.

—Esto es increíble —susurró—. La estructura está generando un campo que altera la constante gravitacional local. No puedo explicar cómo, pero parece que está manipulando el propio tejido del espacio.

—¿Qué es? —preguntó Marcus, sus ojos fijos en la esfera.

—No lo sé, pero... parece una singularidad artificial. Algo o alguien construyó esto.

Mientras la Dra. Torres intentaba comprender la naturaleza de la esfera, algo aún más desconcertante ocurrió. El cielo, que hasta ese momento había sido un lienzo estático de estrellas y lunas, comenzó a moverse. Las estrellas giraban lentamente, como si un titán invisible hubiera tomado el firmamento y lo hubiera puesto en rotación.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nadia, la *xenobióloga* del equipo, mirando al cielo con asombro.

Livia observó sus instrumentos con nerviosismo.

—El campo gravitacional está fluctuando. La esfera está... haciendo algo.

De repente, una onda expansiva invisible emanó de la esfera, atravesando el terreno y a los miembros del equipo. No sintieron dolor, pero todos notaron una sensación extraña, como si sus cuerpos hubieran sido estirados y comprimidos al mismo tiempo. Marcus cayó de rodillas, jadeando.

—¿Qué diablos fue eso?

Livia se agachó junto a él, pero antes de que pudiera responder, algo aún más extraño sucedió. El paisaje a su alrededor comenzó a cambiar. Las colinas cercanas se distorsionaron, y las lunas parecieron desplazarse en el cielo a velocidades imposibles.

Pero no era solo el paisaje lo que estaba cambiando.

—¡Miren! —gritó Nadia, señalando el horizonte.

Allí, una segunda versión del *Sagan* estaba aterrizando. O, mejor dicho, ya había aterrizado. Era idéntica en todos los aspectos, excepto por un pequeño detalle: no había nadie saliendo de ella. Estaba vacía.

—¿Es una alucinación? —preguntó Marcus, tambaleándose.

Livia negó con la cabeza.

—No. Creo que estamos viendo otra línea temporal. Esta esfera... está colapsando diferentes versiones del espacio-tiempo. Lo que estamos viendo podría ser un reflejo de lo que podría haber sido.

La tensión en el aire era palpable. Sabían que estaban en el borde de algo monumental, algo que podría desafiar todas sus concepciones del universo.

Durante los días siguientes, el equipo continuó su investigación alrededor de la esfera. Descubrieron que la estructura estaba generando una especie de "campo de posibilidades", una región donde las líneas temporales alternativas podían manifestarse. A veces veían duplicados de sí mismos, otras veces vislumbraban criaturas que nunca habían existido en su realidad.

Livia estaba obsesionada. Sabía que estaban al borde de un descubrimiento que podría cambiarlo todo, pero también entendía el peligro inherente a su situación. La manipulación del espacio-tiempo era algo que la humanidad apenas comenzaba a comprender, y este objeto, fuera lo que fuera, estaba funcionando a niveles más allá de su conocimiento.

Una noche, mientras analizaba los datos en su módulo de trabajo, Livia tuvo una revelación. Los patrones de energía que emanaban de la esfera no eran aleatorios; seguían un ciclo. Había un pico de energía cada 72 horas, lo que significaba que el siguiente pico ocurriría en menos de una hora.

— Si la esfera está manipulando el espacio-tiempo —pensó en voz alta—, entonces tal vez esté abriendo una ventana. Una puerta a otras realidades.

Decidió actuar rápido. Reunió a su equipo y les explicó su teoría.

— Creo que cuando la energía alcance su punto máximo, podríamos aprovecharla para interactuar directamente con la esfera. Si tenemos suerte, podríamos aprender quién o qué la creó.

— ¿Y si estamos equivocados? —preguntó Marcus—. Podríamos quedar atrapados en una de esas otras líneas temporales.

Livia asintió.

— Es un riesgo. Pero también es la oportunidad de nuestras vidas.

La hora llegó, y el equipo se posicionó alrededor de la esfera. Livia ajustó el emisor cuántico que habían traído para interactuar con la estructura. La esfera comenzó a brillar con mayor intensidad, y el suelo a su alrededor vibró suavemente.

De repente, una columna de luz azul salió disparada desde el centro de la esfera hacia el cielo, y el campo gravitacional alrededor de ellos se intensificó. El aire parecía espesarse, y cada uno de ellos sintió como si su propia existencia estuviera siendo examinada por una fuerza invisible.

Entonces, la voz apareció.

—“¿Quiénes sois?” —preguntó una entidad sin forma, su tono era a la vez antiguo y futurista, resonando directamente en sus mentes.

Livia tomó un respiro profundo.

— Somos exploradores. Venimos de una civilización que busca entender los misterios del universo.

Hubo una pausa, y luego la voz respondió:

— “Sois jóvenes. Apenas habéis arañado la superficie de lo que es posible. Pero habéis sido testigos de lo que ningún otro en vuestra línea temporal ha visto.”

— ¿Qué es esta esfera? —preguntó Livia, temblando de emoción y miedo.

— “Es una puerta. Una intersección entre realidades múltiples. Una herramienta de los Antiguos, seres que dominaron las leyes del espacio y el tiempo. Lo que veis es solo un fragmento de su poder.”

Livia sintió una mezcla de asombro y terror. Si esta esfera era sólo un fragmento del poder de los Antiguos, ¿qué más habría ahí fuera?

— ¿Por qué está aquí? —insistió.

La voz respondió:

— “Es una advertencia. El poder de manipular el espacio y el tiempo no es algo que deba tomarse a la ligera. Los Antiguos lo aprendieron por las malas.”

El equipo se quedó en silencio, asimilando las palabras. Finalmente, la luz de la esfera comenzó a atenuarse, y la voz dijo una última cosa antes de desvanecerse:

— “Vuestra curiosidad os ha traído aquí, pero recordad: el conocimiento sin sabiduría es peligroso. Ahora debéis decidir: ¿seguís adelante o cerráis la puerta para siempre?”

Con esas palabras, el campo gravitacional comenzó a estabilizarse, y el brillo azul de la esfera se apagó.

Livia miró a su equipo. Sabía que acababan de rasgar la superficie de un vasto e inexplorado océano de posibilidades. Pero también comprendía el peso de la advertencia que acababan de recibir.

— Volvamos al *Sagan* —dijo finalmente—. Tenemos mucho que reflexionar.

Mientras el equipo se alejaba de la esfera, Livia echó una última mirada al horizonte curvo, sabiendo que el universo les había revelado solo una fracción de sus secretos. Y que algún día, tal vez, regresarían para buscar más.



La Luz de un Amor Olvidado

Emmanuel Gómez Díaz¹

1. Estudiante de la Institución Educativa Colegio Integral de los Andes, Tunja (Boyacá). Contacto: emmanuelgomezdiaz2@gmail.com

En la ciudad de Tunja, un lugar cargado de historia y tradiciones, hace bastantes años se reunían cuatro ancianos en un rincón de la plaza, donde las piedras centenarias parecían absorber los ecos de sus relatos. Cada tarde, al caer el sol, sus voces se alzaban sobre el murmullo de la gente que pasaba, tejiendo historias que iban más allá de lo cotidiano. Eran relatos de leyendas, mitos y secretos antiguos que habían acompañado a la ciudad desde su fundación.

Los estudiantes, siempre intrigados por las historias que contaban los ancianos, solían detenerse al salir del colegio ubicado en el barrio de Las Nieves. Sin embargo, esa tarde fue diferente. La última historia que compartieron los ancianos dejó a todos boquiabiertos. La fascinación y el asombro se reflejaban en sus rostros jóvenes, pues la historia que escucharon era especialmente impactante. Era como si una brisa helada hubiera atravesado sus corazones, y eso era inusual, ya que estaban acostumbrados a la sabiduría de aquellos viejos narradores.

Uno de los estudiantes, llamado Andrés, quedó tan impresionado que decidió marcharse en silencio, perdido en sus pensamientos sobre el relato que había escuchado. Se le habían quedado grabadas las imágenes de un mundo en el que lo real y lo sobrenatural se entrelazaban, un mundo que parecía tan distante y al mismo tiempo tan cercano. La historia que se había contado era sobre un fantasma que rondaba las frías y desoladas calles de Tunja al anochecer, iluminando el entorno con una intensa luz que emanaba de una casa abandonada conocida como "La Casa Rosada".

La leyenda relataba que este espectro aparecía al caer la noche, una luz brillante que se podía ver desde lejos, como un faro en la oscuridad. Los habitantes del barrio de Las Nieves hablaban de esa luz con temor y respeto, mientras que los más valientes intentaban acercarse a la casa. Pero siempre había algo que los detenía: el aura de misterio y peligro que envolvía a la casa. Muchos decían que la luz guiaba a los perdidos, pero otros creían que solo conducía a la locura.

Andrés, intrigado por la historia del anciano, sintió una necesidad imperiosa de descubrir la verdad detrás de aquel relato. La casa, con su hermosa pero desgastada arquitectura, se encontraba en un estado de abandono, como si los años la hubieran olvidado. Sin embargo, su belleza seguía intacta, y la luz que de ella emanaba era un enigma que desafiaba la lógica.

La leyenda continuaba narrando la historia de una joven, la hija de un administrador español. Era conocida por su belleza, pero también por la tragedia que la rodeaba. Su padre, un hombre de estrictas convicciones y ambiciones sociales, había dedicado su vida a cuidar de ella con la esperanza de que se casara con un noble. No obstante, la joven había entregado su corazón a un soldado de clases humildes, un amor que desafiaba las expectativas de su padre.

A pesar de las advertencias del hombre, que le recordaba el refrán popular "soldado advertido no muere en guerra", la joven no podía resistir el deseo de ver a su amado. Así, comenzaron a tener encuentros clandestinos, robados entre las sombras de la noche. La pasión y la emoción de esos momentos prohibidos encendían su espíritu, aunque el peligro acechaba a cada paso.

Pero el destino, en su cruel ironía, tenía otros planes. Los rumores comenzaron a correr como la pólvora entre los vecindarios, y pronto el padre se enteró de la relación. Lleno de furia y decepción, decidió que debía tomar medidas drásticas para poner fin a lo que consideraba una deshonor. En su mente, la reputación de la familia estaba en juego, y no permitiría que su hija arruinara su arduo trabajo y sacrificios.

Una tarde, mientras la joven se preparaba para ver a su amado, su padre la llamó con un tono que nunca había escuchado antes. La voz grave y ronca del hombre resonaba en el aire, un presagio de lo que estaba por venir. La llevó hacia un corredor oscuro, donde empujó un enorme mueble de madera para revelar una puerta oculta. La curiosidad invadió a la joven, quien nunca había visto tal cosa en su hogar.

“¿Qué es esto, padre?”, preguntó, intrigada.

“Ven, baja conmigo”, respondió él, con un tono que no admitía respuestas.

A pesar de sus temores, la joven siguió a su padre. Al descender por la escalera que daba a la habitación oculta, un escalofrío la recorrió. El ambiente era denso y frío, como si el aire estuviera cargado de secretos. Su padre la empujó hacia el suelo y, en un instante, cerró la puerta, dejándola atrapada en la oscuridad. Fue un acto de desesperación y autoridad, una manifestación de su determinación de proteger el honor familiar a cualquier precio.

Los días pasaron y, tras la muerte del padre, la joven quedó atrapada en un ciclo de tristeza y desesperación. La culpa la consumía, y los susurros de su amante resonaban en su mente. Sin un rumbo claro, comenzó a vagar por las calles de Tunja, buscando consuelo en la memoria de lo que había perdido. Fue entonces cuando la luz de *La Casa Rosada* comenzó a aparecer en sus noches, una luz que la guiaba, la invitaba a regresar.

La leyenda decía que el alma de la joven, atrapada entre la vida y la muerte, había decidido recorrer las calles que una vez amó. La luz que emanaba de la casa era el reflejo de su tristeza, una forma de comunicarse con el mundo que la había rechazado. Aquellos que la veían decían que, al mirar directamente a esa luz, sentían una profunda tristeza en sus corazones, como si la misma casa llorara por el amor perdido.

Los estudiantes, al escuchar la historia, se sintieron conmovidos. La vida de la joven se había convertido en un ciclo de dolor, atrapada en un lugar entre dos mundos, buscando redención. Andrés, por su parte, comenzó a investigar más sobre *La Casa Rosada* y la joven que la habitaba. Con cada nuevo dato, sentía que se acercaba más a desentrañar el misterio de su historia.

Una noche, decidido a enfrentar su miedo y curiosidad, Andrés se acercó a la casa. La luz resplandecía con una intensidad casi hipnótica, y sintió que la atracción era irresistible. Cuando cruzó la puerta, el frío de la noche se convirtió en un calor abrumador, como si el lugar estuviera vivo. Allí, en medio de las sombras, la figura de la joven apareció ante él.

Sus ojos reflejaban una mezcla de tristeza y esperanza, y Andrés sintió que su corazón latía con fuerza. "¿Por qué no puedes descansar?", le preguntó, su voz temblorosa ante la presencia etérea.

"Estoy atrapada entre los mundos", respondió la joven, su voz suave como un susurro. "Mi amor fue prohibido, y no encontré el valor para luchar por él. Ahora busco lo que perdí."

Andrés sintió una profunda conexión con ella, un entendimiento que cruzaba las barreras del tiempo y la realidad. La joven le contó sobre su vida, sobre los momentos de felicidad que compartió con su amado, pero también sobre la agonía de la traición y el aislamiento.

Así, la leyenda de *La Casa Rosada* se convirtió en una búsqueda para Andrés, quien decidió ayudar a la joven a encontrar la paz que tanto anhelaba. Pasaba las noches en la casa, conversando con el espíritu, escuchando sus historias y compartiendo su propia vida. En sus encuentros, se estableció una conexión profunda, un vínculo que trascendía las fronteras de lo terrenal.

Con el tiempo, Andrés comprendió que el amor verdadero, aquel que desafía a la muerte, puede liberar a las almas atrapadas. Juntos, comenzaron un viaje simbólico hacia la aceptación y la redención. Andrés prometió que su historia no sería olvidada, que la memoria de la joven viviría en él y en aquellos que escucharan su relato.

La leyenda de *La Casa Rosada* se expandió, convirtiéndose en un símbolo de amor y sacrificio en Tunja. Los ancianos que narraban las historias se hicieron eco de la conexión entre Andrés y el espíritu, recordando a las

generaciones futuras que el amor verdadero no conoce límites y que, a veces, las almas perdidas sólo necesitan ser escuchadas.

Y así, en las noches frías de Tunja, cuando la luz de la casa brillaba intensamente, los corazones de los que pasaban se llenaban de esperanza y reconocimiento. La historia de la joven y su amor resonaba en cada rincón, un recordatorio de que los lazos del amor trascienden la vida y la muerte, tejiendo un hilo invisible que une a todos en la búsqueda de la verdad y la redención.

Con cada nueva generación, la leyenda crecía y se transformaba, recordando a todos que, aunque el tiempo pasa, las historias que compartimos nunca mueren. Y en el corazón de Tunja, *La Casa Rosada* seguía siendo un faro de luz en la oscuridad, guiando a las almas perdidas hacia el amor y la paz que tanto anhelan.

Contada la historia, Andrés, quien con entusiasmo había por fin logrado detener esa intriga que sentía al preguntarse: ¿Qué será de la joven? Entre muchas más de esas simples preguntas que día a día se convertían en incertidumbres que en su soledad le corcomían la cabeza.

Por su parte, Andrés aprendió algo que no cualquiera o es capaz o puede enseñar; encontró ese valor para enfrentar las cosas y poder incluso alcanzar ese deseo por descubrir cosas por las cuales él se sentía intrigado y, sin más, Andrés empezó a contar su historia para que así los jóvenes de hoy en día no le tengan miedo a las cosas, sino que por el contrario acercarse a ellas para descubrir qué es lo bueno y lo malo.

Para los cuales se convirtió en una historia muy conocida con grandes agallas, y que más de una persona cuenta a sus hijos y hermanos o en reuniones familiares, con el fin de hacerles entender a los jóvenes del presente que no todo lo desconocido es malo y que aventurarse a lo nuevo puede ser algo bueno...

Las Vías del Destino

Rocío Siani González San Martín¹

Francesco Edu Pérez Olazo²

Sthefany Alegre Mosqueira³

1. Estudiante de intercambio de Bolivia, Universidad de Boyacá. Contacto: rsgonzales@uniboyaca.edu.co
2. Estudiante de intercambio de Perú, Universidad de Boyacá. Contacto: fraeduperez@uniboyaca.edu.co
3. Estudiante de intercambio de Bolivia, Universidad de Boyacá. Contacto: salegre@uniboyaca.edu.co

“**S**e dice que el tiempo es un gran maestro. Y el destino es el mejor camino”, o al menos eso es lo que alcancé yo a leer en aquel papel que encontré en mi ventana antes de que saliera volando con el viento. Al seguirlo con la mirada, divisé una silueta que caminaba por las vías del tren. Era una chica de cabello rojo que jugaba con unas gafas de sol.

Alexander Ackerman, un chico que recién se mudaba a una ciudad muy distinta a aquella en la que había crecido, observaba el paisaje: muchos árboles y trenes que cruzaban sin cesar. Sin embargo, a veces sentía que ya había vivido en ese lugar, pues le resultaba extrañamente familiar. Los motivos que forzaron a sus padres a mudarse le parecían absurdos. De un día para otro decidieron cambiarlo de universidad y trasladarse a otra ciudad, muy lejana. La segunda vez que vio a aquella chica fue pocos días antes de empezar las clases en su nueva universidad. Aquel día regresaba a su casa después de comprar algunas cosas que le faltaban en la cocina. Sólo le quedaban unas cuantas calles para llegar, pero se sentía tan cansado que iba caminando cabizbajo. De repente, sintió una fuerza, un apremio que le hizo levantar la cabeza. Como un destello, la vio a lo lejos. Era la misma chica.

Al verla, surgieron muchas preguntas en su mente: ¿Por qué sentía tanto interés por ella?; ¿por qué le parecía tan familiar?; ¿por qué tenía la necesidad de estar con ella?; ¿por qué sentía que la conocía, aunque no era la chica que creía conocer? Esas preguntas le producían un dolor de cabeza tan intenso que le mareaba y hacía perder el equilibrio. No comprendía y continuaba interrogándose: ¿Por qué le sucedía eso sólo con verla? Aun así, con todos esos sentimientos, decidió seguirla.

Perdió el rumbo a su casa y terminó adentrándose en el bosque. Sentía irreal estar allí. Sabía que estaba cerca de los rieles del tren, el lugar donde la había visto por primera vez, pero cuanto más se acercaba a ella, más débil se sentía. Estiró la mano para aferrarla del brazo, pero en ese momento todo sucedió en cámara lenta. Finalmente, la veía. Pero, justo antes de que pudiera ver su rostro, tropezó con una raíz y, al levantarse, ella ya no estaba. Desapareció sin dejar rastro.

El encuentro con el pasado

Era su primer día en la nueva universidad. No había nadie aún, o al menos eso creía. De pronto, la vio otra vez. Era ella, la misma chica de cabello rojo y gafas de sol que había visto varias veces. Pero cada vez que intentaba acercarse a hablar con ella, desaparecía. Esta vez, decidió que no dejaría que esto ocurriera.

Ella caminaba tranquila por los pasillos y luego subió unas escaleras que Alexander ni siquiera sabía que existían. Lo condujeron a un lugar desconocido para él, un espacio que muy pocos conocían... o tal vez nadie, porque quizás no era real. Al entrar, encontró a la chica misteriosa mirando por una ventana. Sin embargo, la vista desde esa ventana no era la que recordaba al entrar en la universidad. Se veía gente que no estaba antes, pero de alguna manera sentía que los conocía. Aun así, no debía distraerse. Estaba allí para saber quién era esa chica que le provocaba tantas emociones que no sabía cómo manejar.

Cuando estaba a punto de hablarle, ella ya no estaba. Confundido, volvió a mirar por la ventana, pero ahora sólo había un papel pegado en la pared donde antes estaba el cristal. Este rezaba: "Me he enamorado tanto de ti que mi amor traspasa el tiempo y los universos. Sigo esperando el momento para nuestro encuentro. Sigo esperando volver a ver a mi primer amor. Adara Alicia."

Su subconsciente le decía que estaban cerca. Después de aquel extraño suceso, Alexander cayó inconsciente. Lo más extraño fue que despertó rodeado de profesores y alumnos, pero lo realmente raro era que estaba en el pasillo donde la había visto, y empezado a seguirla.

Un profesor le habló, y aunque Alexander insistía en que estaba bien, lo enviaron a la enfermería. Con disgusto, fue hacia allí, consciente de que no tenía otra opción. Al entrar, se dio cuenta de que no había nadie, así que decidió recostarse para esperar a que alguien lo atendiera. En ese momento, recordó el papel que había encontrado. El mensaje le parecía

extraño, hablaba de tiempo y universos. ¿Por qué el nombre 'Adara Alicia' no salía de su mente?; ¿y por qué le dolía el pecho cada vez que pensaba en ese nombre?; ¿por qué sentía la necesidad de estar con esa persona?

Con tantos pensamientos dándole vueltas en la cabeza, decidió tomar una siesta. Antes de caer dormido, escuchó el sonido de un reloj que iba más lento cada vez. Sacó la mano de su bolsillo buscando su teléfono móvil, pero encontró un trozo de papel. ¿Acaso sería el mismo que había visto antes? Eso significaría que no estaba loco. Pero, entonces, ¿por qué se había desmayado en el pasillo y no en aquella sala extraña?

Al despertar, el lugar se sentía diferente. Aún escuchaba el sonido del reloj, así que decidió buscarlo, pero no lo encontró. Salió a buscar su clase, sin prestar mucha atención a su entorno, hasta que notó que los colores de las paredes eran los mismos que los de la sala donde había seguido a la chica. En ese momento se dio cuenta de que aún tenía el papel en la mano. Al girar, la vio. Allí estaba, de pie frente a él, sin haber tenido que buscarla. Sorprendido, la observó detenidamente. Ella era tan... única. Como una flor rara pero hermosa. Su cabello liso, rojo, contrastaba con las gafas de sol perfectas, que resaltaban sin llamar mucho la atención. Pero lo más impactante eran sus ojos. Parecían contener un universo pleno de vida, sentimientos y felicidad. Alexander estaba perdido en su mirada, hasta que ella le habló.

— Por fin te encuentro. —dijo con una sonrisa sutil mientras se acercaba. Es tarde para que vayamos a casa, te estuve buscando todo el día.

— ¿Ir a casa...? —respondió él, aún confundido—. ¿Juntos?

— Oh, parece que aún no es el momento. —dijo ella, y por un momento sus ojos reflejaron tristeza, pero luego mostraron determinación—. Alexander, el pequeño aleteo de una mariposa y el tiempo de este contienen una razón y un motivo que pocos llegan a conocer.

Aquella frase detonó un intenso dolor de cabeza. El fuerte olor a alcohol le invadió y se desvaneció. Cuando volvió a despertar, estaba en

la camilla de la enfermería, y la enfermera le dijo que lo había encontrado desmayado. Pero, él creía que se había quedado dormido. No entendía qué estaba pasando. Al levantarse, notó que aún tenía el papel que había encontrado. Cuando la enfermera lo dejó solo, sacó el papel y lo leyó. La frase había cambiado:

“El pequeño aleteo de una mariposa y el tiempo de este tienen una razón y un motivo que pocos llegan a conocer.”

Leyó la frase cinco veces antes de darse cuenta de que la primera parte ya la había visto en un libro sobre el ‘Efecto Mariposa’ y los viajes en el tiempo.

Mi línea de tiempo original

Alexander no era un chico común. La gente lo consideraba extraño por su ‘pequeña’ obsesión y fascinación con los viajes en el tiempo y el caos. Su vida giraba en torno a teorías cuánticas y experimentos caseros. Nadie sabía que tenía un pequeño despacho en su casa donde realizaba esos experimentos y una biblioteca extensa sobre el tema. En la universidad, donde los pasillos resonaban con risas y conversaciones, Adara caminaba con una carga silenciosa. A pesar de su brillantez académica y su amor por la literatura, su vida universitaria estaba marcada por el acoso. Las risas crueles y los murmullos le recordaban constantemente su lugar en un mundo indiferente a su dolor. Su refugio era la biblioteca, donde se sumergía en historias que le ofrecían un escape temporal de la realidad.

Una tarde, mientras Adara buscaba un rincón tranquilo para leer, se topó con Alexander, profundamente concentrado en un libro sobre paradojas. La luz tenue iluminaba su rostro, y Adara no pudo evitar sentirse intrigada por la determinación en sus ojos. Sin querer interrumpir, ella se movió cautelosamente, pero un pequeño tropiezo hizo que unos libros cayeran al suelo. El estrépito resonó en el silencio de la biblioteca. Alexander levantó la vista y sus ojos se encontraron. La culpa en el rostro de Adara dio paso a una cálida sonrisa de Alexander. Ambos comprendieron que ese encuentro no era casual.

Qué sucede realmente

Desde la ventana de su habitación, Adara miraba el cielo gris, sus pensamientos tan oscuros como las nubes que lo cubrían. Para cualquier persona que la viera desde fuera, parecería una chica común, pero su vida era una batalla constante. Desde pequeña, había aprendido a esconder sus sentimientos, a cubrir las cicatrices invisibles que las palabras de su familia dejaban en su piel. Para ellos, nunca había sido suficiente.

Su madre, una mujer estricta y fría, anidaba expectativas imposibles de alcanzar. Adara debía ser perfecta, como si su vida fuera un examen interminable. Cada día, al volver de la universidad, se encontraba con el mismo interrogatorio:

— ¿Qué tal las notas? —preguntaba su madre sin levantar la vista del teléfono.

— Bien, mamá, todo bien. —respondía Adara, sabiendo que esa respuesta no satisfaría.

— Bien no es suficiente. Siempre puedes hacerlo mejor, Adara. Mira a tu primo, acaba de ser aceptado en medicina. Tú, con esos libros, ¿En qué te ayudarán? Sólo sueñas, deberías ser más como él.

Adara se mordía los labios para contener su respuesta. Su familia nunca había comprendido su pasión por la literatura, ni su interés por los mundos ficticios y las paradojas del tiempo. Para ellos, todo lo que no producía resultados concretos era una pérdida de tiempo... Pero su vida no se limitaba a alcanzar las metas que otros le imponían. En la literatura encontraba el escape necesario, un lugar donde sus problemas parecían menos reales, y podía ser alguien distinto. Su padre tampoco era un apoyo. Siempre estaba ausente, perdido en su propio mundo, atrapado en el trabajo, y cuando no estaba trabajando, apenas si dirigía la palabra a alguien en casa. Era como si su familia estuviera compuesta por extraños que convivían bajo el mismo techo, como simples inquilinos, fingiendo ser algo que no eran.

Una tarde, todo cambió. Adara llegó a casa después de un día especialmente difícil en la universidad, donde las burlas y el matoneo seguían siendo una sombra constante. Ya estaba acostumbrada a las crueles risas y a los rumores malintencionados que la señalaban como 'la chica rara'. Pero ese día, además de soportar la humillación de sus compañeros, algo en casa la golpeó con más fuerza. Al abrir la puerta, vio las maletas en la entrada. Al principio pensó que eran de su padre, quien solía viajar por trabajo, pero pronto descubrió que no eran de él. Eran suyas.

— Es hora de que crezcas, Adara. —dijo su madre desde la sala, con los brazos cruzados—. No puedo seguir sosteniéndote. Tus estudios no nos están llevando a ningún lado, y no eres más que una carga.

Adara sintió un nudo en la garganta. Sabía que su relación con su madre siempre había sido difícil, pero nunca pensó que llegaría a este punto. No dijo nada, sólo recogió sus cosas con manos temblorosas, intentando que las lágrimas no cayeran frente a ella. Su madre no mostraría piedad si la veía llorar. Esa noche vagó por la ciudad, sin saber a dónde ir. No tenía amigos cercanos, y su familia la había abandonado. Sólo tenía consigo su valija, algunos libros y la incertidumbre de lo que haría a continuación.

Fue entonces cuando recordó a Alexander.

Había algo en él, una conexión que no podía explicar, pero que siempre había sentido. Efectivamente, desde el primer momento en que lo vio en la universidad, sus miradas se habían encontrado y su intuición le decía que él era diferente, como si compartieran un vínculo más allá de lo evidente. Sabía dónde vivía, lo había seguido una vez, por pura curiosidad. Ahora esta se convertiría en su única opción. Esa misma noche, se presentó en la puerta de Alexander. Estaba empapada por la lluvia y agotada, tanto física como emocionalmente. No sabía qué decirle, pero sabía que él la comprendería. De hecho, cuando él abrió la puerta, la miró con una mezcla de sorpresa y preocupación. Sin hacer preguntas, la invitó a entrar.

— ¿Qué te pasó? —preguntó Alexander, mientras le ofrecía una toalla para secarse.

Adara lo miró, con los ojos llenos de una tristeza que no podía ocultar.

— No tengo a dónde ir. —dijo simplemente, sin entrar en detalles. Sabía que no hacía falta explicarle todo. Él lo entendería.

Alexander, sin vacilar, asintió.

— Puedes quedarte aquí. Mis padres viven en otra ciudad, pero hablaré con ellos cuando pueda para explicarles la situación, pero por ahora, esta es tu casa también.

A medida que los días pasaban, Adara fue descubriendo que la casa de Alexander no era sólo un refugio temporal, sino un lugar donde, por primera vez en mucho tiempo, se sentía aceptada. Él no intentaba cambiarla, ni la juzgaba por sus sueños y pasiones. Al contrario, compartían largas conversaciones sobre el tiempo, los universos paralelos y las infinitas posibilidades que ambos imaginaban. Adara sentía una extraña calma a su lado, como si, en su caos interno, Alexander fuera el único que podía devolverle la paz. Pero había algo más... Cada vez que estaba cerca de él, esa sensación de familiaridad se hacía más intensa. Era como si ya hubieran vivido esta historia, como si sus destinos estuvieran entrelazados desde antes de conocerse.

Nuestra conexión

Una tarde, mientras Alexander estaba afuera comprando suministros, Adara se encontró vagando por la casa, con una sensación de inquietud que invadía el aire. Aunque Alexander nunca había sido del tipo que habla abiertamente sobre sus investigaciones, ella sabía que algo más profundo se escondía detrás de las puertas de su despacho. Ese cuarto, siempre cerrado, era un enigma. Y esa tarde, sin pensarlo mucho, decidió que era momento de descubrirlo.

La puerta no estaba cerrada con llave, lo que le permitió entrar sin dificultad. Al cruzar el umbral, la habitación estaba tal y como la había imaginado: un caos controlado. Las paredes estaban cubiertas de diagramas, ecuaciones, fotografías de relojes antiguos, agujeros negros, teorías sobre el tiempo, y en el centro, un gran tablero relleno de anotaciones detalladas. Había libros abiertos sobre las mesas, hojas de papel con garabatos y ecuaciones, y en una esquina, un pequeño dispositivo que parecía una especie de prototipo experimental.

Adara caminó despacio hacia el tablero, donde las palabras 'paradoja temporal' y 'tormenta' aparecían repetidas en varias notas. Al acercarse, vio un esquema detallado de los rieles del tren. Estaba claro que Alexander estaba planeando algo grande, y aunque no comprendía todos los detalles científicos, podía intuir el riesgo.

Entre los papeles, encontró un diario, y al abrirlo, vio las fechas de los últimos meses, marcadas con anotaciones sobre su relación con las tormentas y el tiempo. Uno de los pasajes la dejó helada:

"He llegado a la conclusión de que las tormentas no son sólo fenómenos naturales. Son puntos de inflexión, momentos en los que la realidad se dobla, y el tiempo puede ser manipulado. Creo que puedo usar la próxima tormenta para probar mi hipótesis sobre los viajes temporales. Necesito situarme en la carrilera".

Adara se dejó caer en una silla, tratando de procesar lo que había leído. Las teorías de Alexander sobre el tiempo y los viajes temporales no eran simples especulaciones de un joven curioso; eran mucho más profundas y peligrosas. Él estaba convencido de que su relación con el tiempo podía ser alterada, y que esa tormenta, la misma que parecía acercarse en el horizonte, sería su oportunidad para demostrarlo.

La puerta se abrió de golpe y Alexander entró, sorprendiéndose al verla en su despacho.

— ¿Qué haces aquí?—preguntó, y su voz resonaba más preocupado que enfadado.

Adara levantó la vista, sosteniendo el diario en sus manos.

— ¿Planeas hacer esto? —dijo con un tono que combinaba miedo y desconcierto—. ¿Vas a hacer un experimento con la tormenta?

Alexander suspiró, dándose cuenta de que no tenía sentido seguir ocultándolo.

— Sí, lo he estado planeando desde hace meses. Todo está conectado, Adara. Las tormentas, las vías del tren... pero no te lo he contado porque no estaba seguro de cómo reaccionarías.

Adara se levantó, aún aferrada al diario.

— ¿Y qué piensas hacer exactamente? —preguntó finalmente, con su voz apenas convertida en un susurro.

Alexander respiró hondo antes de responder.

— Voy a ir a los rieles del tren durante la tormenta. Según mis cálculos, y si todo sale bien, podría abrir una pequeña fisura en el tiempo. Con esto podré verificar todas mis teorías, pero aún necesito resolver la parte de mi regreso. Hay demasiadas variables, y una de ellas implica que tal vez sufra amnesia temporal o que experimente lapsos en los que regrese a esta línea de tiempo.

Adara sintió un nudo en el estómago. Las palabras de Alexander eran tan extrañas y peligrosas como fascinantes. Parte de ella quería detenerlo, decirle que dejara de jugar con fuerzas que no comprendía. Pero, por otra parte, la que siempre había creído en los misterios del universo, en los secretos escondidos en las páginas de los libros que leía, la impulsaba a seguirlo, a ver qué sucedía.

— No puedo dejar que lo hagas solo. —dijo, finalmente, con palabras firmes. — Si de verdad crees que estamos conectados, entonces debemos hacerlo juntos.

Alexander la miró, sorprendido por su decisión, y su expresión se tornó seria. Luego, con una calma profunda, respondió:

— El pequeño aleteo de una mariposa y el tiempo que le corresponde tienen una razón y un motivo que pocos llegan a conocer.

Sus palabras la dejaron sin aliento. Era una advertencia y una verdad que ella no podría ignorar. De hecho, las implicaciones eran mucho mayores de lo que había imaginado.

— Lo sé. —dijo Adara, sin dudarle esta vez. — Pero no puedo quedarme al margen.

Alexander asintió, sabiendo que no podría disuadirla. Ambos estaban inmersos en algo mucho más grande de lo que podían comprender, y aunque el futuro era incierto, sabían que debían enfrentarlo juntos.

La tormenta se acercaba, y la carrilera del tren los esperaba.

El día de la tormenta

El cielo se había vuelto gris oscuro a medida que la tarde avanzaba, y la tormenta que Alexander había anticipado durante meses comenzaba a tomar forma en el horizonte. Las nubes se arremolinaban como un mar en plena furia, y el viento azotaba las ramas de los árboles con una intensidad creciente. Las primeras gotas de lluvia caían, pesadas y frías, mientras *Adara* y *Alexander* caminaban hacia las vías del tren.

Ninguno de los dos hablaba. El silencio entre ellos era una mezcla de concentración, miedo y determinación. Alexander llevaba consigo una pequeña maleta donde guardaba el dispositivo que había estado perfeccionando en secreto, un artefacto del que dependía todo su plan. Adara no podía evitar sentir que cada paso los acercaba más a un punto de no retorno.

En efecto, cuando llegaron a las vías, el viento había aumentado, y los truenos resonaban como advertencias en el cielo. Los carriles del tren estaban desiertos, una línea metálica que parecía extenderse infinitamente en ambas direcciones, como si estuvieran a punto de cruzar una frontera invisible.

— Aquí es. —murmuró Alexander, deteniéndose justo en el punto que había calculado con precisión.

Adara lo observó sacar el dispositivo de la maleta. Era pequeño, pero complejo, con luces que parpadeaban intermitentemente y una pantalla que mostraba una serie de números que cambiaban de forma rápida. Alexander colocó el dispositivo en el suelo, justo al lado de las vías, mientras la lluvia caía con más fuerza, empapándolos a ambos.

— ¿Estás seguro de esto? —preguntó Adara, alzando la voz sobre el rugido del viento y el trueno.

Alexander asintió, con el cabello pegado a su rostro por la lluvia.

— No hay vuelta atrás ahora.

Alexander activó el dispositivo, y una serie de sonidos mecánicos comenzaron a emanar de él. Las luces brillaron con mayor intensidad, y un leve zumbido comenzó a resonar en el aire, como si algo invisible estuviera tomando forma alrededor de ellos.

— La tormenta está alcanzando su punto máximo. —dijo Alexander, observando la pantalla. — Si mis cálculos son correctos, esta es la ventana.

Adara sintió cómo su corazón latía con fuerza en su pecho. El aire a su alrededor parecía volverse más pesado, más denso, como si el tiempo mismo comenzara a comprimirse. Los truenos eran ensordecedores ahora, y los relámpagos iluminaban el cielo, creando sombras fantasmales que parecían danzar a su alrededor.

De repente, el suelo bajo sus pies pareció vibrar, y las vías del tren comenzaron a emitir un brillo tenue, como si estuvieran cargadas de energía. Adara se agarró con fuerza a Alexander, mientras el dispositivo en el suelo emitía un destello cegador. Sintió que el aire a su alrededor se torcía y se retorció, como si estuviera siendo arrastrada hacia un vacío, y por un instante, el tiempo pareció detenerse.

Todo a su alrededor se desvaneció.

El ciclo estaba completo.

Alexander había logrado que el experimento se realizara con éxito, ahora él estaba en una línea paralela, donde era un chico que recién se mudaba a una ciudad muy distinta a aquella en la que había 'crecido', pero una de las variables que había mencionado se hizo realidad, porque el cambio de línea había creado una amnesia temporal.

Cuando Adara abrió los ojos, se encontró de pie, sola, bajo un cielo despejado. Las vías del tren estaban frente a ella, exactamente como antes, pero algo había cambiado sin dejar siquiera rastros de la tormenta, ni de Alexander. La confusión la envolvió mientras miraba a su alrededor, buscando cualquier señal de lo que había sucedido.

Entonces lo vio. Al otro lado de las vías, una figura caminaba hacia ella. Sus ropas eran familiares, y su caminar inconfundible. Era Alexander, más algo en su expresión difería, más sereno, como si ya supiera lo que estaba a punto de decir.

— Te encontré. —dijo Alexander, su voz resonando en el aire tranquilo.

Por su parte, Adara se quedó congelada, sus recuerdos volviendo a aquel primer día, cuando había visto a un extraño observándola en las vías del tren. Ese momento, aquel instante presente, había sido él todo el tiempo. Ella lo había visto antes de conocerlo, antes de saber quién era o lo que ambos estaban destinados a hacer.

— Tú eras... —empezó a decir, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

Alexander asintió lentamente.

— Lo fui y lo soy. La paradoja ya ha ocurrido.

El peso de la comprensión cayó sobre ella como una avalancha. El experimento había funcionado. Habían cruzado las líneas del tiempo, y de alguna manera, todo estaba conectado. El primer día que lo había visto no había sido una banal coincidencia, sino el eco de este momento, el reflejo de una realidad que se doblaba sobre sí misma.

— Entonces... todo estaba destinado. —Murmuró Adara con una pequeña sonrisa.

— Todo tiene un propósito. — respondió Alexander— *El pequeño aleteo de una mariposa puede cambiar el curso del tiempo.*

Adara no sabía si reír o llorar. Se sentía atrapada entre lo increíble y lo aterrador. Pero ahora, entendía que su conexión con Alexander iba más allá de lo que podía ver o comprender. Era una conexión que trascendía el tiempo mismo.

Juntos, ambos se quedaron allí, en las vías del tren, mirando hacia el horizonte, sabiendo que este no era el final, sino el comienzo de algo más...

Las Sombras al final de la Calle

Liz Diana Surco Manuttupa¹

1. Estudiante de Intercambio Universidad Católica de Santa María Perú. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Contactos: liz.surco@ucsm.edu.pe -- liz.surco@usantoto.edu.co

“Estoy solo y ahora he perdido a mi hijo, yo no sé leer ni escribir, no sé nada; ahora, ¿quién me va a cuidar?” (Huanca, Enero de 2023).

—Isabela, llama a tu padre que ya vamos a comer. Debe estar afuera arreglando la motocicleta, búscalos y dile que venga —dijo Silvia, mamá de Isabela, una niña de apenas siete años.

Sin perder tiempo, Isabela salió corriendo a buscarlo. Bajó la pequeña loma amarilla, donde las espinas y hojas secas se le pegaban al pantalón. A lo lejos, vio a su padre, que la observaba cansado, pero con una sonrisa. Junto a él estaba Carbón, el perro negro que llevaba cuatro años en la familia. En cuanto Carbón vio a Isabela, corrió hacia ella, saltando hasta tirarla sobre el pasto seco. La niña soltó una risa contagiosa.

— *Papitay, ¡jamuy!* Mi mamá dice que vayamos a comer —gritó Isabela, mientras se reía y sus mejillas se sonrojaban. Sabía que su lengua *quechua* no era perfecta, pero intentaba aprender.

Justino, su padre, sonrió con orgullo al escucharla.

— *Wawitay*, vamos, vamos, que tu mamá nos espera —respondió con ternura mientras se dirigían juntos de vuelta a la casa.

El viento soplaba fuerte mientras subían la lomita. Justino se quejaba del frío, pero para Isabela, ese viento era más que sólo una brisa helada. Le parecía que susurraba, como si el viento quisiera decir algo, como si expresara una tristeza oculta que ella no entendía del todo.

—Mamá, ¿por qué el viento siempre sopla tan fuerte? Es como si llorara todo el tiempo... Quisiera poder ayudarlo, calmar su dolor —preguntó Isabela con la inocencia de quien observa la Naturaleza de forma intuitiva.

Silvia no supo qué responder. ¿Cómo explicarle a su hija algo que ni ella comprendía? El viento del altiplano siempre era impredecible, y con él, traía un frío que nunca avisaba.

Poco después, Isabela se dio cuenta de que su hermano no estaba, lo que la preocupó aún más. Su madre le dijo que había salido a darle de comer a Carbón, pero eso no detuvo a la niña, quien decidió ir a buscarlo. Mientras recorría el patio, el viento soplaba con más fuerza. Desde la puerta de la casa, divisó a su padre tosiendo mientras se lavaba las manos con agua tibia, intentando aliviarse del frío de la tarde.

Esa imagen la asustó. La noche ya estaba cayendo, el viento era más frío de lo habitual, y su padre parecía enfermo. Aun peor, su hermano Juan no estaba cerca, y todo eso la hizo sentir un nudo en el estómago, una mezcla de miedo y nostalgia.

—¡Juan!... Juanito!, *¿Maypitaq kachkanki*, hermanito? —gritó mientras el viento continuaba silbando a su alrededor.

No obtuvo respuesta de inmediato, y el miedo creció en su pecho. Justo cuando el sol empezaba a esconderse detrás de las montañas, Juan apareció de entre las piedras. Con sus grandes ojos oscuros y mejillas rosadas por causa del frío, se acercó a ella.

— Isabelita, *¿imaynallam?* —dijo con una sonrisa burlona.

Al verlo, Isabela corrió hacia él y lo abrazó con fuerza. Le contó todo: el viento, el miedo que sentía, la tos de su padre, y cómo había temido que algo malo le pasara.

A su vez, Juan, con la sabiduría de sus 11 años, la abrazó y le susurró al oído:

— “No te preocupes, Isabela. Si algún día nuestros padres no están, yo voy a cuidarte, pase lo que pase”.

Tras aquel momento, Isabela se tranquilizó. Con una sonrisa, caminó junto a su hermano hacia la cabaña, donde los esperaba una cena sencilla: leche de vaca hervida y unos *toctochis*. Como de costumbre, su padre encendió la radio, y las noticias empezaron a sonar en el fondo. Los titulares

hablaban de la posible llegada de una empresa minera a la región. Isabela no entendía, pero las expresiones en los rostros de sus padres le bastaron para saber que no era una buena noticia. El brillo de preocupación en los ojos amables de su padre fue la señal más clara de que algo malo se avecinaba. Aun así, nadie dijo una palabra, y pronto todos se fueron a dormir. Silvia, su mamá, les preparó la cama. Extendió unos cueros de alpaca en las camas de los niños y agregó dos frazadas más, asegurándose de que no sufrieran frío. Entretanto, Juanito, metió a Carbón bajo las mantas con ellos, sabiendo que el frío de la noche sería demasiado para el perro.

Con el paso de los minutos, la cabaña comenzó a llenarse de calor, mientras la llama de la pequeña vela que su madre había encendido se consumía lentamente. Desde su cama, Isabela escuchaba las voces de sus padres conversando en *quechua*. No entendía lo que decían, pero el tono de sus voces, cargado de preocupación, hizo que se sintiera inquieta.

Notando que los niños aún no conciliaban el sueño, su mamá se acercó y, como cada noche, les cantó la misma canción de siempre, una melodía que años más tarde Isabela descubriría que se llamaba "Cholita de Ojos Azules" del Dúo *Wayra*.

— "No sé qué tienen tus ojos que me hacen suspirar, / tu mirada es transparente como el verde del sauzal" —entonó su madre con dulzura.

— "Cholita de ojos azules, / cogollito de mi amor" —continuó su padre, uniéndose a la melodía.

— "No sabía que en el campo crecía tan bella flor, / bañadita de rocío, color canela su piel". "*Imillita kowerñawi*, no me hagas más sufrir" —cantaron juntos, en armonía.

El canto, lleno de calidez, envolvió a los niños. Quizá fue la ternura de las voces de sus padres o las suaves caricias de su madre en sus cabecitas lo que finalmente los llevó a dormir, dejando atrás el miedo y el frío de la noche.

A la mañana siguiente, el día parecía como cualquier otro. El sol apenas aparecía en el horizonte, y la quietud reinaba en la pequeña cabaña de la familia Pachari. Sin embargo, cuando Isabela despertó, su padre ya no estaba. Silvia, su madre, les pidió a ella y a Juanito que la ayudaran con los animales después de desayunar, pero había algo diferente en su voz, una preocupación silenciosa que los niños no podían entender. Hicieron lo que se les pidió, aunque sentían que algo no estaba bien.

Por la tarde, su padre regresó a casa, pero esta vez su rostro estaba marcado por una preocupación más profunda. Los comuneros habían decidido que, a la mañana siguiente, irían todos a San Antón para organizar una protesta contra la llegada de la empresa minera. La noticia cayó como un golpe, pero nadie habló mucho. Esa noche, comieron en silencio y se fueron a dormir con la incertidumbre en el aire.

Al amanecer, Justino partió temprano con una *chuspa* que contenía el almuerzo que su esposa le había preparado. Isabela y Juanito vieron cómo se alejaba, caminando hacia el río. Esperaban que regresara pronto, como siempre lo hacía. Carbón, su perro fiel, corría a su lado, incapaz de dejar a su dueño solo en esos momentos.

Las horas pasaron lentamente. Los niños se sentaron en la lomita, mirando hacia el río, esperando ver a su padre cruzarlo de vuelta. Finalmente, al caer la tarde, Justino apareció a lo lejos, cansado, pero más tranquilo que la noche anterior. Los niños corrieron hacia él. Esa noche, durante la cena, Justino habló de una reunión con el alcalde al día siguiente, lo que le hizo pensar que quizás las cosas mejorarían.

Pero al día siguiente, las cosas empeoraron. Nadie los atendió en el municipio de San Antón y, cuando finalmente les hablaron, las respuestas fueron vacías. No había solución. El alcalde decía que había intentado, pero los comuneros ya sabían las mañas del gobierno. Se fueron con las manos vacías, sabiendo que la lucha apenas comenzaba.

Esa tarde, cuando Justino regresó a casa, la preocupación en su rostro era más evidente que nunca. Le contó a su familia que los rumores sobre la intervención de la policía eran ciertos. El Estado estaba dispuesto a usar la fuerza si no se calmaban. Pero a la mañana siguiente, Justino partió como siempre, llevando esta vez a Juanito a su lado.

— “Tengo miedo, hermanito” —dijo Isabela, con un nudo en la garganta mientras veía a su padre prepararse para partir.

— “Tranquila, Isacha —respondió Juanito con una sonrisa—. Te prometo que volveremos pronto. Jugaremos con Carbón después, ¿está bien?” Y diciendo esto, la abrazó con fuerza, intentando transmitirle seguridad.

Silvia, con la voz quebrada y las manos temblorosas, pronunció una plegaria en *quechua*:

— “*Pachamama paykunata cuiday*” —dijo, mientras veía a su esposo e hijo partir.

Las despedidas fueron llenas de silencios que decían más que las palabras. Isabela observó cómo su padre y su hermano se perdían en el horizonte, y en el fondo de su corazón algo le decía que no los volvería a ver. Ese día, el viento que siempre le había susurrado secretos, parecía ahora un presagio de lo inevitable.

Horas después, la noticia llegó como una tormenta que arrasó todo a su paso: Justino y Juanito habían muerto.

Y, en medio de la protesta, la policía había intervenido con violencia. Juanito, al intentar ayudar a su padre, recibió un disparo en el pecho. Mientras agonizaba, entre el polvo y el caos, sus últimas palabras fueron apenas un susurro:

— “Papá... cuida a Isabelita... dile que me perdone... por no poder cuidarla”.

Justino, incapaz de aceptar la muerte de su hijo, lo sostuvo en sus brazos, intentando protegerlo del horror que lo rodeaba. Pero una bala lo alcanzó en el rostro, dejándolo irreconocible.

El dolor de Silvia e Isabela fue devastador. Y cuando la noticia llegó a sus oídos, Silvia cayó de rodillas, rota, sin lágrimas que la consolaran. Isabela, confundida y abrumada por el dolor, huyó. Corrió sin rumbo, hasta llegar al riachuelo donde tantas veces había jugado con Juanito. Allí, las preguntas inundaban su mente: ¿De verdad no volverían? ¿Por qué la dejaron? ¿La habrían olvidado?

Al encontrarla, su madre la abrazó con fuerza, e Isabela se aferró a sus faldas como si fuera lo único que la mantenía en pie.

— “Mamita, no quiero estar sola... Juanito me dijo que me cuidaría... pero ahora no está. Me dejó...” —dijo entre sollozos, mientras las lágrimas caían incesantes por su rostro.

Los días que siguieron fueron un eco de dolor y vacío. La minera desistió, pero sólo después de que nueve personas perdieran la vida: ocho adultos y un niño. En un entierro conjunto, los comuneros despidieron a los caídos, llamándolos “los nueve hermanos”.

— “No es justo. Para ustedes es fácil decir que no hay solución. Es fácil venir aquí y decirnos que no hay alternativas. Pero, ¿qué hay de nuestros hijos? ¿De nuestras familias? —clamó Jaime Quilqa, el líder de los comuneros, con la voz rota de indignación—. Nuestros muertos no murieron en vano. Pero, ¿quién nos devolverá lo que hemos perdido?

(Calapuja 2012 – 2018)

Cinco años después, el dolor que Silvia había cargado desde la muerte de su esposo e hijo se volvió insoportable. Murió una tarde, dejando a Isabela, ahora de 11 años, completamente sola. Lo único que le quedaba era Carbón, su fiel perro, que ya estaba viejo, pero seguía acompañándola. La pequeña Isabela, perdida en su desolación, no sabía qué hacer sin su

madre. Con la muerte de Silvia, la niña se vio obligada a mudarse a Calapuja, a dos horas de su pueblo, para vivir con sus tíos lejanos, Amaranta y Cristian Roque.

Los primeros días en su nuevo hogar fueron difíciles. Isabela no podía dejar de pensar en su familia y en los días felices que pasaron corriendo por la lomita, donde el frío del altiplano siempre les recordaba lo dura que era la vida... Aferrarse a esos recuerdos era lo único que le ayudaba a sobrevivir al vacío que sentía en su corazón.

Una noche en particular, Isabela soñó con su familia. En su sueño, sus padres y Juanito la visitaban, diciéndole que no se preocupara, que ellos estaban bien y que siempre la cuidarían desde donde estuvieran. Entre lágrimas, Isabela se aferraba a los brazos de su padre, suplicándole:

— “Papá, no te vayas por favor. Ya no quiero estar sola, tengo miedo y frío por las noches. Carbón cada día está más viejo, no creo que pueda acompañarme mucho más... Por favor, no me dejes” —balbuceaba entre sueños.

Pero cuando despertó, se dio cuenta de que el día no había llegado, y que estaba sola en la oscuridad. Isabela rompió a llorar desconsoladamente, hasta que el cansancio la venció y se quedó dormida de nuevo. Sus tíos la escuchaban desde la otra habitación, pero no sabían cómo calmar el dolor de la niña que lo había perdido todo.

Los años pasaron, e Isabela creció. A los 17 años, Carbón, el único compañero que le quedaba, murió. El viejo perro había sido su consuelo en los momentos más oscuros, y perderlo fue como perder una parte más de su pasado. Sin embargo, Isabela había aprendido a ser fuerte. Aunque las lágrimas aún corrían por sus mejillas, entendía que debía seguir adelante, aun cuando la vida parecía injusta.

Un día, en especial, mientras conmemoraban otro aniversario de la muerte de su padre y hermano, Isabela y sus tíos viajaron para visitar

las tumbas de su familia. A medida que crecía, Isabela había aprendido a sobrellevar el dolor, pero esa tarde algo cambió. Su tía Amaranta la abrazó con ternura, y con la calidez de siempre, decidió contarle algo que cambiaría su vida.

— “Isabelita, mi pequeña, sé que tu dolor es algo que nadie puede comprender del todo. Pero eres fuerte, hijita. Y tienes que seguir siéndolo” —le dijo Amaranta con un tono suave, aunque su voz temblaba.

Isabela, sin entender del todo, la miró a los ojos, notando una tristeza más profunda.

— “¿Qué pasa, tía? ¿Por qué me dices esto?”

Amaranta suspiró y comenzó a hablar, su voz rompiéndose:

— “Hace muchos años, cuando tu padre, mi hermanito y yo éramos niños, se llevaron a nuestro padre, tu abuelo. No entendíamos por qué lo habían detenido o qué había pasado, pero nuestra madre lo comprendía todo. Era por el terrorismo. El gobierno nunca nos ayudó. Pasaron años de búsqueda incansable, y nuestra madre murió de tanto sacrificio, tratando de encontrarlo.

Amaranta hizo una pausa, secando las lágrimas que empezaban a correr por su rostro. Isabela la miraba, en *shock* nervioso.

— “Así perdimos a nuestros padres, Isabela. Y tu padre, Justino, nunca superó esa pérdida. Nos prometió que, si algún día tenía la oportunidad, lucharía por su familia. Y lo hizo. Murió protegiendo a aquellos que más amaba. Pero una vez más, perdimos a los que más queríamos... en manos del gobierno”.

Las palabras de Amaranta golpearon a Isabela como un torrente de emociones. Era la primera vez que sentía que alguien entendía el peso de su dolor, o incluso, que alguien sufría más que ella. Isabela se dio cuenta de que su sufrimiento formaba parte de algo más grande, una historia de lucha y sacrificio que venía de generaciones.

Ese día, Isabela se prometió a sí misma que si algún día tenía la oportunidad, lucharía por los derechos de aquellos a quienes amaba. Nunca más permitiría que la injusticia destruyera lo que más quería. Así, la joven Isabela comenzó a forjar su camino.

(Juliaca 2022 - 21 años).

En medio de una sociedad que se resignaba a la realidad que le había tocado vivir, apareció una figura política que prometía ser la solución a los problemas sociales que atravesaba el país: José Terrones. Este hombre, tras un año en el poder, fue destituido de su cargo por medio de una vacancia presidencial. La destitución marcó el inicio de una nueva etapa, ya que el mando fue asumido por Dina Ercilia Zegarra.

Pero, ¿qué llevó a este cambio repentino de liderazgo? Desde el inicio de su gobierno, Terrones había demostrado una clara incapacidad para desempeñarse adecuadamente en el cargo. La desconfianza en su gobierno fue creciendo, y con ello, su rechazo por parte de los otros poderes del Estado. Su figura política se debilitaba hasta que, tras un intento fallido de golpe de estado, fue destituido. Ercilia Zegarra asumió entonces el cargo, prometiendo un nuevo rumbo para el país.

Sin embargo, el cambio no fue recibido con calma. Aunque Terrones no fue un buen líder, había logrado despertar un sentido de identidad en ciertos sectores de la población. Para ellos, su destitución fue una traición, y la llegada de Ercilia sólo intensificó el descontento. Las marchas masivas comenzaron a organizarse en diferentes partes del país.

En medio de estas noticias, Isabela, ahora una mujer de 21 años despertó. A diferencia de los años de su niñez, ya comprendía perfectamente lo que estaba ocurriendo. Las injusticias, las promesas vacías y el descontento social ya no eran conceptos lejanos; ahora formaban parte de su vida diaria. Isabela había crecido en un país que parecía no tener espacio para los más vulnerables, y ese dolor lo llevaba grabado en su piel.

La joven Isabela, quien había logrado ingresar a la universidad, sabía que su vida no era fácil. Tenía que trabajar y estudiar al mismo tiempo para poder pagar sus estudios. Las clases y el trabajo ocupaban la mayor parte de sus días, pero el eco de las injusticias siempre la perseguía. Recordaba los días en que la violencia se había llevado a los que más amaba, y cómo esa herida seguía abierta.

Una mañana en particular, el sol aún no había salido por completo cuando Isabela escuchó la noticia en la radio del puesto donde trabajaba. Las marchas en Puno y Arequipa se habían intensificado; las calles estaban llenas de manifestantes que exigían justicia tras la vacancia presidencial. Mientras se preparaba para su jornada, no podía dejar de pensar en las imágenes que había visto en la televisión la noche anterior: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, alzando carteles, gritando con la esperanza de ser escuchados. Y entonces, algo despertó dentro de ella, algo que llevaba mucho tiempo enterrado...

Esa misma tarde, un comunicado llegó a todos los ciudadanos de Juliaca. Anunciaba que todas las actividades quedarían paralizadas para apoyar las manifestaciones. En cuestión de horas, la ciudad se detuvo por completo. Isabela debió regresar a casa esa noche atravesando calles desoladas.

A la mañana siguiente, todo comenzó. Tras una noche llena de incertidumbre, un grito resonó casi al amanecer, uno que acompañaría a Isabela durante los próximos tres meses en esta grande, pero olvidada ciudad.

- "¡Juliaca, ya amaneció, levántate y lucha!" – la voz, amplificada por un megáfono, retumbó en el aire.

A esa voz enérgica se sumaron silbatos, el choque de botellas, gritos, canciones y otros sonidos que sólo podían significar una cosa: la lucha había comenzado. En cuestión de horas y durante los siguientes días, Juliaca se transformó en un escenario de paralización total. Mercados, colegios, universidades y cualquier tipo de actividad comercial cerraron sus puertas en solidaridad con la manifestación.

Isabela, mirando desde su viejo televisor, siguió el desarrollo de las manifestaciones. Los canales nacionales informaban que regiones como Ayacucho, Puno, Cusco, Lima, Tacna y Arequipa se habían unido a la lucha. Las imágenes eran desgarradoras: jóvenes, adultos y ancianos salían a las calles pidiendo dos cosas fundamentales:

1. La destitución de la presidenta Ercilia Zegarra y el regreso de José Terrones.

2. La disolución del Congreso de la República.

Los canales locales, por otro lado, mostraban cómo los pueblos vecinos se unían a la causa. Caminaca, Calapuja, San Antón, Huancané y otros lugares comenzaron a enviar representantes a Juliaca para apoyar la movilización. La paralización general dejó a la población sin comida ni productos básicos, pero la solidaridad floreció. Se organizaron ollas comunes, y la gente empezó a donar arroz, fideos y otros alimentos para aquellos que llegaban de lejos para apoyar las manifestaciones.

Por su parte, Isabela observaba con una mezcla de admiración y preocupación. Ver cómo la comunidad se unía, cómo los vecinos se ayudaban mutuamente, le otorgaba una chispa de esperanza en medio del caos. La ciudad, a pesar de su desolación, estaba viva con la energía de la lucha y la solidaridad.

Ante todas esas imágenes, Isabela temblaba. Sentía miedo, pero también valentía; sus emociones parecían desbordarse. Las noches se le hacían largas, pensando en su familia y en todo lo que había perdido desde los 7 años. Quería salir y gritarle al mundo su dolor, y lo mucho que había sufrido debido a un gobierno que nunca la atendió ni escuchó. Pero el temor de enfrentar el mismo destino que su familia era abrumador, y el miedo la paralizaba. Antes de aprender sobre valentía, ya había pasado por los peores horrores que un ser humano podría imaginar.

De hecho, en la madrugada del 2 de enero de 2024, Isabela soñó con su familia. En su vivencia onírica, su hermano le decía:

— “Isabela, no temas. Nosotros nunca te dejaremos. Así como un día nosotros salimos a las calles, hoy tú debes hacerlo”.

Sus padres también aparecieron, abrazándola. Juntos comenzaron a cantar esa canción que marcó su último recuerdo junto a ellos: “Cholita de Ojos Azules” del Dúo Wayra. Entre sueños, Isabela empezó a llorar. Cuando sus padres y su hermano empezaron a desvanecerse ante sus ojos, ella despertó con lágrimas en el rostro. Con el corazón apesadumbrado, tomó su teléfono y sintonizó la canción a reproducir. En la pequeña habitación, sólo se escuchaba la canción, junto al llanto desgarrador de una mujer. Entre sollozos, balbuceó:

— “Lo haré... Lo haré... por ti, papito; por ti, mamita; por ti, Juanito de mi corazón, por todos ustedes que prometieron cuidarme y lo hicieron hasta hoy. Gracias, por siempre cuidarme. Ahora me toca a mí cuidar de ustedes y de su memoria que nunca morirá”.

Con estas palabras, Isabela se levantó, decidida a buscar la justicia que había anhelado durante tantos años. Y cuando estuvo lista, salió a las calles y se dirigió hacia la plaza central de concentración. En este primer acercamiento, todo parecía menos intenso y tranquilo en comparación con lo que había visto en televisión. Pero a medida que pasaban las horas, el ambiente cambiaba. Las calles se llenaron de vida y caos. El sonido de megáfonos y tambores resonaba en sus oídos, mezclado con los gritos de los manifestantes: “¡El pueblo unido, jamás será vencido!” Sus voces reverberaban en las paredes de las casas.

Desde luego, Isabela se movía entre la multitud, sintiendo una mezcla de miedo y emoción. A su lado, una mujer, con la piel curtida por el sol, sostenía un cartel que decía: “El gobierno traicionó al pueblo. Zegarra es la misma mentira”.

Mientras la protesta avanzaba, Isabela recordó las palabras de su hermano: “Te cuidaré, pase lo que pase”. Aunque él ya no estaba para cumplir esa promesa, ella sentía que ahora era su turno de cuidar a otros, de alzar la voz por aquellos que ya no podía.

De repente, el ambiente cambió. El sonido ensordecedor de las sirenas saturó el aire y la multitud comenzó a moverse con nerviosismo. Isabela miró a su alrededor; La policía había llegado. En segundos, el caos se desató. Los gritos de protesta se mezclaron con los estallidos de bombas lacrimógenas. El humo comenzó a llenar las calles, y el ardor en los ojos y la garganta se volvió insoportable. Isabela intentó retroceder, pero la multitud la empujaba hacia adelante.

— “¡Corran!” —gritaba alguien a su lado mientras los manifestantes empezaban a dispersarse.

El corazón de Isabela latía con fuerza. Recordaba cómo su padre y su hermano habían sido víctimas de la violencia en situaciones similares, y por un momento, el miedo la paralizó. ¿Acaso estaba a punto de revivir el mismo destino?

Pero justo cuando el pánico comenzaba a apoderarse de ella, vio a un joven desplomarse frente a sus ojos. Había recibido un balazo en la cabeza. Isabela quedó inmóvil durante un segundo, pero entonces algo dentro de ella se activó.

Corrió hacia él, y junto con otros manifestantes, lo levantó del suelo. Entre todos lo llevaron a un lugar más seguro, lejos de las bombas de gas.

— No te rindas —le susurró, sin saber si la escuchaba. En ese momento, sintió que la promesa que su hermano le había hecho cuando eran niños, ahora la estaba cumpliendo ella.

Al mirar a su alrededor, Isabela supo que no podía darse cuenta por vencida. La injusticia que había sufrido su familia no era diferente de la que vivían miles de personas a su alrededor. A pesar del caos, avanzó entre la multitud. Las balas silbaban a su alrededor y el eco de las sirenas llenaba el aire.

Isabela no retrocedió. Ya no era la niña que huía de la realidad. Se plantó frente a uno de los policías que intentaba arrastrar a un manifestante. Sintió cómo el miedo se transformaba en rabia, y con una voz firme, gritó:

— ¡Ya basta! ¡No pueden seguir reprimiéndonos así!

Aunque el policía la ignoró, otros manifestantes escucharon su grito y se unieron a ella. La escena era caótica, pero por primera vez, Isabela sintió que tenía el control. Aunque el peligro era real, la sensación de estar luchando por algo justo la mantenía en pie. No sabía si ganarían esa batalla, pero al menos, ya no se quedaría callada.

Una semana después de su primera protesta, ya era el 9 de enero. Las marchas continuaban. La represión del Estado se había intensificado y ahora la policía no sólo dispersaba a los manifestantes, sino que los atacaba con mayor violencia. Isabela, que ya se había convertido en una participante activa, caminaba entre la multitud, sintiendo la creciente presión.

Ese día, después de una larga jornada de enfrentamientos y disturbios, los manifestantes se concentraron alrededor del aeropuerto, preparándose para uno de los momentos más sangrientos de las protestas vividas en Perú en enero de 2024.

Eran alrededor de las 2 de la tarde y la jornada había sido difícil para ambos bandos: tanto para los policías como para el pueblo. Pero lo que nadie sabía es que, a pesar de todo, el día apenas estaba comenzando.

Pasadas las 2:30 p. m., grupos de diferentes partes comenzaron a correr hacia el aeropuerto. La meta era clara: tomar el aeropuerto.

— “¡Vamos, hermanos, tomemos lo que tanto protegen!” —gritó una voz a lo lejos.

Al escuchar esto, muchos comenzaron a correr y gritar. La cantidad de gente era masiva; toda la avenida del aeropuerto, a pesar de su amplitud, estaba abarrotada de manifestantes. El área alrededor del aeropuerto se convirtió en un campo de batalla. La policía soltaba bombas lacrimógenas y balas al azar, mientras los manifestantes se defendían con piedras y *huaracas* u hondas andinas. Los gritos y las arengas se mezclaban en medio del caos. Había niños llorando, hombres gritando, mujeres clamando y jóvenes ayudando a levantar los cuerpos caídos. Mototaxis, manchados de sangre y con los ojos rojos por las bombas lacrimógenas, atendían a los heridos.

Los vecinos de las casas cercanas sacaban baldes de agua para mojar las franelas y banderas, tratando de aliviar la dificultad de respiración de los manifestantes.

A las 3:40 p. m., ya había al menos 9 muertos y más de 10 heridos, todos atendidos por médicos de la zona, algunos estudiantes y otros profesionales. Mientras atendían a los heridos, arengaban:

— “No puedo protestar, no puedo gritar y correr, pero eso no me impide ayudar a mi gente”.

Conforme pasaban los minutos, algunos heridos morían en las manos de los médicos. Pero en ese momento, sin importar la conexión genética, todos eran familia. Todos lloraban sin consuelo.

La rabia, la tristeza y el dolor crecían, pero el cansancio también se hacía presente. Y cuando parecía que todo estaba llegando a su fin, un sonido comenzó a filtrarse entre los gritos y las sirenas. Era una canción... una que Isabela no conocía. ‘Únanse al baile de los que sobran, nadie nos va a echar jamás, nadie nos quiso ayudar de verdad’, decía. Ella miró a su alrededor y vio cómo el cansancio se desvanecía de los rostros de quienes la rodeaban.

— “Es nuestro turno de bailar” —gritó alguien.

— “Es nuestro turno de luchar” —respondieron todos.

Un hombre a su lado la miró y, como si viera su confusión, le explicó:

— “Es una canción del Sur, de Los Prisioneros. Se llama “El Baile de los que sobran”, y es nuestra canción ahora.

Así, con ese aliento, Isabela y muchas personas a su alrededor se levantaron y siguieron corriendo.

— “¡Por mi familia, por mi Juanito, por todos aquellos a quienes más amé!” —gritó Isabela, corriendo detrás de muchos.

A su lado, vio a un joven llorando, gritar:

— “¡Por todos aquellos que fuimos olvidados, por todos a quienes nunca nos escucharon ni ayudaron! Esto no se trata de un congreso o de un Terrones, esto es por mi gente, por mi país, por Perú, este país al sur de América que siempre fue olvidado, por todos nosotros que merecemos ser portada... ¡Hey, mundo!

¡Conóceme! Yo soy Perú, esta es mi cara, con las mejillas tan rojas y partidas por el frío. ¡Yo soy Perú! ¡Los ven a todos, todos nosotros también somos Perú!” — gritaba mientras corría y ondeaba una bandera peruana que, en lugar de tener el color rojo a los lados, llevaba el color negro, una bandera de luto sin duda.

Mientras corría, Isabela y muchos a su alrededor observaban al joven llorando, reconociendo la cruda realidad de Perú. Ese Perú no era el Machu Picchu famoso en el mundo, ni la tierra de la comida exquisita que algunos envidian. Era un país en ruinas, donde muchos no tenían ni para comer, donde la moneda no era tan sólida y estable como prometían los informes económicos. Era un país que vivía del día a día, a veces sin siquiera poder comprar un pan. En ese escenario, una verdad se hacía evidente: ellos eran Perú, y nunca lo habían sentido tan de cerca. Ese joven, con su dolor palpable, lo había comprendido antes que todos los presentes. La lucha nunca había sido por un gobierno corrupto, sino por un país en caída. Como clama Duncan Dhu en su canción “En algún lugar de un gran país”: “En algún lugar de un gran país olvidaron construir un hogar donde no queme el sol y al nacer no haya que morir”...

En medio de la carrera, una bala atravesó el pecho del joven. Cayó al suelo, e Isabela, al comprender por fin el sentido de la lucha, se arrodilló junto a él. Intentó ayudarlo, pero el joven, sonriendo a pesar del dolor, le dijo:

— “Ya no lo intentes. Yo caí en el camino, pero tú estás en la carrera. Esto no se acaba aquí, *niñachay*. Hoy doy mi vida por el país que me vio nacer, pero el Perú te necesita. Lucha, lucha por él, porque él ya no sabe cómo defenderse. Las sombras al final de la calle te ayudarán”...

Diciendo esto, el joven falleció. Isabela comenzó a llorar con más intensidad, mirando a su alrededor y dándose cuenta de que, al igual que el joven, había niños, mujeres, ancianos e incluso animales muertos o agonizando en el campo de batalla. Comprendió que la justicia que había pedido durante años era mucho más grande de lo que había imaginado.

A las 6:30 p.m., el enfrentamiento se había detenido. Las pérdidas eran evidentes y, mientras se intentaba ayudar y mover los cuerpos, se escuchaban los lamentos de las personas abrazándose unas a otras. Todos, incluida ella, estaban cubiertos de polvo. Exhaustos y abatidos, se sentaron en las veredas, encendieron velas y las colocaron en filas, como un símbolo de que, al menos, esa luz guiara a los muertos a los brazos de la Madre Tierra a la que tanto veneraban. Muchos comenzaron a sacar sus banderas peruanas, pero en lugar de los colores habituales, predominaba la bandera de luto. Isabela sacó de su mochila la bandera que había pertenecido al joven. Era un estandarte con tres colores: blanco, negro y un rojo oscuro, el color de la sangre seca.

A la mañana siguiente, Juliaca despertó en luto. Ese día no había protestas, sino un velorio masivo alrededor del hospital. Un informe oficial afirmaba que el día anterior hubo 18 muertos, entre niños, jóvenes y padres.

Y mientras Isabela se dirigía al hospital, vio que en todas las calles colgaban banderas peruanas en blanco y negro, mostrando que el luto no era sólo para ciertas familias, sino para todos. Al llegar al hospital, los familiares lloraban y casi todos los manifestantes vestían de negro, cargando banderas negras que ondeaban como sombras de luto. A cada paso, parecía que más personas se unían a ese mar de negro.

Mientras se acercaba para dar condolencias a las familias, se enteró de una entrevista que nunca olvidaría:

— “Estoy solo y ahora he perdido a mi hijo. No sé leer ni escribir, no sé nada. Ahora, ¿quién me va a cuidar?” —dijo un hombre anciano, mal vestido, con los ojos hinchados por el llanto.

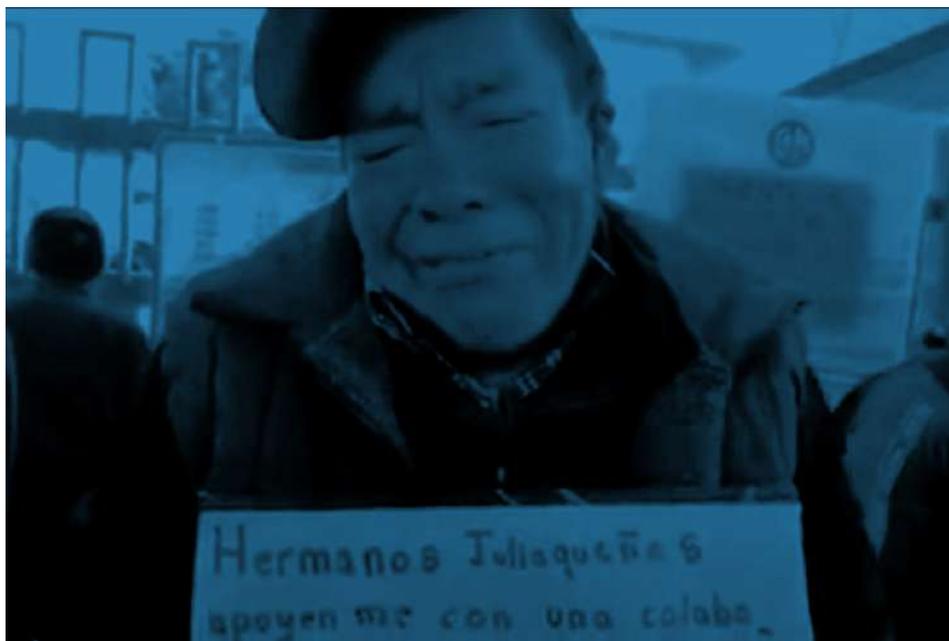
No soportando la escena, Isabela se apartó y se sentó junto a un grupo. Mientras intentaba calmarse, escuchó una melodía hermosa, pero que le despertaba honda nostalgia. Al cabo de unos segundos, el grupo comenzó a cantar:

— “Un silbido cruza el pueblo y se ve, / un jinete que se marcha con el viento / mientras grita que no va a volver.

Y la tierra aquí, es de otro color, / el polvo no te deja ver. // Los hombres ya no saben si lo son, / pero lo quieren creer.

Las madres que ya no saben llorar ven a sus hijos desde, / la tristeza aquí no tiene lugar, cuando lo triste es vivir”.

Esas voces, recordándole la importancia de ser fuerte, hicieron que Isabela se levantara. Y mirando a su alrededor, recordó que la fuerza y la resiliencia eran la clave para sobrevivir. Sabía que esto sólo era el principio de un largo camino y años de lucha que le esperaban..Huanca llora por la pérdida de su único hijo de 11 años – Juliaca (Perú, 2023).



Fuente: Tukuyricuy Digital.

***“Dina, estoy dispuesta a morir por mi hijo.
Voy a luchar, quiero justicia” – Jumpiri. Enero de 2023.***

Voces de tinta

María Teresa Gómez Ramírez¹

1. Docente Universidad Santo Tomas seccional Tunja. Mg. Comunicación, Desarrollo y Cambio Social. Grupo de investigación: Expedicionarios humanistas.

En lo profundo de las concurridas calles de Barranquilla, una ciudad en la que se mezclan los colores, olores, sabores y sonidos propios de una calle tropical, vive Danna, una joven con un don especial y una mente inquieta. Su mente, aunque brillante, es un laberinto de pensamientos complejos y emociones turbulentas que padece debido a su enfermedad del ruido mental.

Desde muy pequeña, Danna se acostumbró a escribir sus pensamientos en un cuaderno que llevaba a todas partes, como si fuera un pequeño tesoro. Sus primeras letras eran torpes y temblorosas, pero llenas de un anhelo profundo: el de capturar en palabras lo que sentía y soñaba ser cuando fuera grande. Escribía sobre las aventuras que imaginaba, sobre los paisajes que veía junto con sus padres en los paseos familiares y sobre aquellos personajes de carne y hueso que habitaban en su mente. Las páginas de aquel cuaderno se llenaron rápidamente con historias coloridas y deseos secretos, pequeños fragmentos de su alma en crecimiento.

Con los años, Danna se transformó en una joven que nunca dejó de escribir. Las ideas que alguna vez parecieron vagas y dispersas comenzaron a tomar forma, desarrollándose con mayor claridad en su mente. A medida que crecía, también lo hacía su comprensión del mundo y de sí misma. Fue entonces cuando decidió embarcarse a escribir su propia historia como un medio de catarsis, un vehículo para liberar las tormentas internas que a veces la abrumaban. Quería que sus palabras fueran más que simples relatos; anhelaba que sus futuros lectores se vieran inmersos en sus mundos, que se dejaran llevar por la magia de su relato y se encontraran a sí mismos en él.

Sin embargo, el camino no fue fácil. A menudo, Danna sentía que había voces ensordecedoras que invadían su mente, llenándola de perturbaciones e inseguridades. Eran los ecos de sus miedos más profundos, aquellos que la instaban a abandonar su sueño, a decaer, a dejar de creer en ella, en no poder lograr lo que se había propuesto y no ser lo suficientemente buena

para hacerlo. Pero, incluso en esos momentos oscuros, había algo más fuerte que sus temores: la certeza de que escribir era su sueño. Sabía que su lucha interna no sería sencilla, pero la pasión por contar su historia era más grande que cualquier obstáculo. Decidida a hacer realidad su sueño, Danna persistió, una palabra tras otra, con la convicción de que, al final, su libro no solo expresaría sus ideas y pensamientos, sino que también dejaría una huella en aquellos que se atrevieran a leerlo.

En su solitario apartamento, en el bullicioso Barrio Debajo de Barranquilla, Danna se sumerge en su mundo real y de fantasía, donde los personajes cobran vida y su historia fluye de manera libre, sin prejuicios ni presiones. A menudo, las voces volvían a aparecer distorsionando su percepción de la realidad, haciéndole difícil distinguir lo real y lo ficticio.

Una tarde, Danna se sintió muy bien y decidió salir a pasear por las bohémias y calurosas calles de Barranquilla. El aire estaba impregnado de aromas a café recién hecho y a sal del mar cercano, mientras el sol dorado descendía lentamente, tiñendo el cielo con tonos vibrantes. Salió para sentirse real, normal, en busca de inspiración, deseando que el bullicio de la ciudad despertara algo nuevo en su mente. Caminaba sin rumbo fijo, observando cómo el sol teñía el cielo de colores naranjas y cómo las sombras se alargaban lentamente sobre los adoquines. Las risas y la música que salían de los bares bohemios la envolvían, creando una atmósfera casi mágica, ideal para encontrar la inspiración que tanto anhelaba.

En su recorrido, entre calles empedradas y casas de colores vibrantes, se encontró con un viejo amigo: Emilio, un joven escritor que, como ella, hallaba en las palabras un refugio, un bálsamo para el dolor que llevaba dentro desde la pérdida temprana de sus padres. No había cambiado mucho desde la última vez que se vieron; su mirada aún era profunda, como si ocultara mundos enteros tras sus ojos oscuros, y su andar tenía esa calma introspectiva que siempre la había intrigado. Emilio, distraído, no la había notado aún, pero en un instante cruzó su mirada y la halló de frente. Danna

sonrió, sintiendo una mezcla de sorpresa y emoción.

—¡Emilio! —le dijo, mientras alzaba sus brazos para darle un reconfortante abrazo.

Él sonrió al verla, una chispa de reconocimiento y alegría iluminó su rostro.

—Danna, ¡qué sorpresa! —exclamó, acercándose prontamente al abrazo.

Se abrazaron con la calidez de viejos amigos que el tiempo no ha separado del todo. Había una familiaridad reconfortante entre ellos, pero también una nueva energía, algo que ambos parecieron percibir en ese momento.

—¿Cómo has estado? —preguntó Danna, mientras lo miraba con curiosidad.

—He estado bien, aunque sigo peleando con las palabras, como siempre —respondió Emilio, sonriendo con un toque de ironía—. Pero tú, cuéntame, ¿cómo te trata la vida?

—Pues... ya sabes cómo es esto —dijo Danna con una risa suave—. A veces las palabras fluyen, otras veces parecen esconderse de mí. Pero estoy trabajando en un proyecto que me tiene completamente atrapada.

Emilio levantó una ceja, intrigado.

—Eso suena interesante. ¿Qué estás escribiendo?

—Es una historia... bueno, más bien mi historia turbulenta que quiero que todos la conozcan. Quiero que mis lectores se sientan transportados, que se pierdan en mis mundos, que les hagan soñar y reflexionar. Pero no es fácil —confesó Danna, dejando entrever un destello de vulnerabilidad.

—Lo sé —asintió Emilio, con una comprensión que iba más allá de las palabras—. A veces, escribir se siente como abrir el alma y dejar que el mundo vea lo que hay dentro, sin filtros. Es agotador, pero también hermoso.

Danna lo miró con admiración. Sabía que Emilio había sufrido mucho tras la pérdida de sus padres, pero verlo tan sereno y enfocado en su pasión le inspiraba.

—¿Por qué no vamos por un café? —sugirió ella—. Hace mucho que no charlamos como antes.

Emilio aceptó con una sonrisa, y juntos se dirigieron a una pequeña cafetería de la esquina de la calle Mogillón. El lugar estaba decorado con estanterías repletas de libros antiguos y cuadros de artistas locales, y una suave melodía de jazz llenaba el ambiente. Se sentaron junto a una ventana, donde la brisa corría y la luz del atardecer bañaba todo con un resplandor dorado.

Con el primer sorbo de café, la conversación fluyó de manera natural. Hablaron de sus vidas, sus labores, oficios y de sus escritos, de los desafíos que enfrentaban asumiendo una realidad compleja siendo escritores. Sin embargo, Emilio, con su tono reflexivo, compartió cómo escribir había sido su manera de lidiar con el dolor. Danna, en cambio, describió su necesidad de crear historias que conectaran a las personas, que las hicieran sentir menos solas.

—He leído tus historias tienen una intensidad... una pasión que es difícil de encontrar —comentó Emilio, mirándola fijamente—. Es como si tus palabras estuvieran vivas, como si pudieran arrastrarte y no soltarte nunca.

Danna sintió un calor en sus mejillas. No era frecuente que alguien reconociera de esa manera la profundidad de lo que intentaba plasmar en sus textos.

—Gracias, Emilio. Eso significa mucho para mí —respondió, tocando su taza de café con nerviosismo.

Hubo un momento de silencio, pero no era incómodo. Ambos sabían que había algo más que palabras en el aire. Una conexión que iba más allá de lo creativo, algo más profundo que se insinuaba en las miradas que intercambiaban.

—Sabes —dijo Emilio finalmente, rompiendo el silencio—, siempre he creído que las mejores historias nacen de las conexiones reales, de esas que te hacen sentir algo intenso y verdadero.

—Tienes razón —respondió Danna, mientras sus ojos se encontraban con los de Emilio, sosteniéndose por un instante que pareció eterno—. Y creo que hoy hemos comenzado a escribir una de esas historias. FIN.

